

una de romanos  
y docena y media de griegos



Manuel Palazón Blasco

**Creative Commons Atribución/Reconocimiento-CompartirIgual 4.0  
Licencia Pública Internacional – CC BY-SA 4.0**

# una de romanos

## mensualidades

porque guarda Jano la portería del año ordenaron los romanos  
que éste se comenzase por el que encierra su nombre; dieron  
luego  
a las sombras más o menos pesadas de sus muertos,  
a las que llamaban *februa*,  
el siguiente; el otro  
a Marte, padre  
dudable  
de los gemelos que empezaron la Ciudad,  
y señor seguro de la loba que les dio teta; a Afrodita  
dedicaron el mes de abril,  
porque echó al mundo a Eneas, para que fundara segunda  
Troya; mayo  
dijeron por sus mayores; por sus mozos  
junio; ahí  
los rindió la fatiga,  
o el tedio,  
y usaron los ordinales para contar todos los demás meses  
(todavía  
los césares  
famosos  
no ocupaban sus casillas en el calendario)<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Ovidio, *Fastos*, I, 39 – 44.



# ¿Jano o nao?



los muchachos romanos echaban la peseta al aire,  
gritaban, “*capita  
aut navim?*”, y decían,  
con eso,  
la cabeza con los dos rostros contrarios de Jano,  
y la barca que mareara Saturno cuando se quitó de los hierros  
en los que lo había echado su padre,  
y con la cual aportó en el Lacio,  
donde su señor primero,  
divino,  
incierto,  
le dio habitación seguida  
y segura  
y hospital<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Macrobio, *Saturnalia*, Libro II, cap. 7.



## beato de estos dos diosecillos “oscuros”, “desconocidos”

ingen  
los gentiles,  
decía sanagustín,  
con asco,  
que Vitunno anima a todas las criaturas, que Sentino  
despabilaba sus sentidos,  
no debía Varrón,  
entonces,  
haberlos metido en el follón de númenes “casi plebeyos,  
diputados en los trabajos más mezquinos”,  
puesto que podían mucho, más  
que otros que incluye en la nómina de dioses “selectos  
y primates”,  
y merecían haber sido sus príncipes

pero está Dios, que lo empieza todo,  
todo, dice el de Hipona,  
de manera que “¿hacen alguna falta Vitunno  
y Sentino?”

pues yo prefiero a estos diosecillos  
segundones,  
precisamente por su villanía,  
porque son “desconocidos”,  
“oscurísimos”,  
y los emborrona una “fama  
turbia”<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> San Agustín, *La Ciudad de Dios*, Libro VII, caps. 2 – 33.



# Los tres matrimonios de Eneas

## Cinco prólogos

“Sum *pius* Aeneas.”

Viene hacia él Aquiles, tremendo, la espada en la mano. Ya le ha descuadernado el escudo. Lo acabará. No. Poseidón (¿o fue Homero?) ha decidido la salvación de Eneas, hija de su beatería, y su cuento romano. No puede parecer “estéril y sin traza el linaje de Dárdano”, favorito de Zeus, y Eneas será el señor primero de los troyanos después de la caída de la ciudad, y padre de reyes. Lo cubre con una niebla. Lo aparta de la cólera nueva del Pelida. Le da instrucciones.<sup>4</sup>

Dime, Musa, dice Virgilio, las “causas” de que aborreciese Juno a Eneas, el pecado de aquel “varón insigne en la piedad”<sup>5</sup>.

Eneas ha naufragado, muy atrabajado, en una playa africana. Venus se queja a Júpiter, defendía a su hijo: “¿Así honras la piedad?”<sup>6</sup>

“Sum *pius* Aeneas.”<sup>7</sup> Soy Eneas el pío (el piadoso, el bueno). Dice a Venus disfrazada de cazadora tibia, creyendo que es alguna diosa del desierto. Y sigue (¿son sus argumentos, las *partes* de su piedad?):

“Traigo en mi capitana, que los he rescatado del enemigo, los Penates de Troya, hazaña que ha hecho que noten mi fama los cielos, y busco Italia, mi patria, pues allí empezó Júpiter mi linaje.”<sup>8</sup>

---

<sup>4</sup> Homero, *Ilíada*, XX, 293 ss.

<sup>5</sup> “insignem pietate uirum”. Virgilio, *Eneida*, I, 8 – 11.

<sup>6</sup> “Hic pietatis honos?” Virgilio, *Eneida*, I, 253.

<sup>7</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 378.

<sup>8</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 378 – 380.

La piedad es “virtud que mueve e incita a reverenciar, acatar, servir y honrar a Dios nuestro Señor, a los Padres y a la Patria”.<sup>9</sup> Y es, en efecto, Eneas el hombre pío por excelencia, sujeto a los dioses, a su padre (a su *persona*, a su máscara y a su sombra), y a la Patria (que representan los Penates que custodia, y para los cuales busca capilla en Roma, Nueva Troya), y que mira mucho además por su hijo Yulo Ascanio, que lo continuará.

---

<sup>9</sup> *Diccionario de Autoridades*.

## Hijo de papá

Eneas pasó su *Eneida* atendiendo a su padre. Se acuerda de él, primero, cuando asiste al final horroroso del rey viejo de Troya. Por su ancianidad, y porque desde su divina tornaboda anda rengo y, acaso, capón, carga con él a cuestas durante la fuga. Le encomienda la custodia de los Penates y geniecillos patrios, y del fuego, y el ceñidor, de Vesta, señora del llar. Anquises es, mientras puede, el admirante de la flota. Sacerdotal, interpreta (equivocándose a veces) los oráculos. Porque ha perdido en él a Anquises llamará a Drépano “puerto de su desgracia”<sup>10</sup>. La muerte del padre le parece a Eneas su “labor más extremada”, el “final de su largo viaje”.<sup>11</sup> En el aniversario honra su memoria con maniáticos funerales. Respeta religioso sus Manes. Cuando lo sueña ahocica, vasallo de su palabra, de su gesto. Visita su sombra, en la otra orilla.

Pero su padre, vivo, le sobraba, estaba de más, disminuía al héroe, ponía obstáculos a su carrera.

---

<sup>10</sup> “Hinc Drepani me portus et inelaetabilis ora / accipit.” Virgilio, *Eneida*, III, 707 – 708.

<sup>11</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 714 – 715.

## “*pater Aeneas*”

Virgilio sólo llama a Eneas “*padre*” (“*pater Aeneas*”) después de decir su orfandad nueva. *Pater* fue título que ostentaron algunos dioses romanos. Fue también “epíteto de veneración”, y significaba “divino, augusto, venerable, noble”.<sup>12</sup> Ese apellido, que sólo puede gastar tras la muerte de Anquises, hace de Eneas *padre* particular de Yulo Ascanio y general de Roma. Ahora él sabe exactamente quién es, qué es, qué tiene, lo que vale: “...Troya *fue*. A mí, desterrado, me arrastran los mares / con mis compañeros, con mi hijo, con los Penates y los magnos dioses.”<sup>13</sup>

En conversación olímpica anuncia Júpiter a Venus que el pequeño Ascanio, al cual ahora dicen Yulo, y llamaron, mientras hubo Ilión, Ilo, reinará en Alba Longa treinta años.<sup>14</sup>

Importa Yulo Ascanio para contar a Eneas, para contar Roma.

Una diadema de fuego corona a Yulo en Troya, señal divinal que fija su destino.<sup>15</sup>

Que venga conmigo el pequeño Yulo, a mi lado, mi compañero.<sup>16</sup> Mientras rompían Troya los aqueos, en el follón de su fuga, Eneas, ansioso, lo coge de la mano, y el chiquillo lo sigue como puede, corriendo a trechos, “con pasos desiguales”.<sup>17</sup>

En Cartago Venus protegerá a su nieto, quitándolo de los celos peligrosos de Dido, y le da blando hospital en su casa, en Citera.

---

<sup>12</sup> Segura Munguía.

<sup>13</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 11 – 12.

<sup>14</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 267 – 271.

<sup>15</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 680 – 691.

<sup>16</sup> “Mihi paruus Iulus / sit comes...” Virgilio, *Eneida*, II, 710 – 711.

<sup>17</sup> “dextrae se paruus Iulus / implicuit sequiturque patrem non passibus aequis...” Virgilio, *Eneida*, II, 723 – 724.

Su *affair* con Elisa Dido, aquellos placeres africanos, distraían a Eneas, y descuida su empresa. Vendrá Mercurio, de parte de Dios Todopoderoso, para recordarle que deshereda, con su holgazanería, a su hijo Ascanio. Mira que le debes al niño Roma, ahí es nada.<sup>18</sup>

Tíberino, en un sueño, confirma a Eneas las ínfulas de su hijo. Será, sí, rey.<sup>19</sup> Poco después, en el escudo que ha forjado Vulcano para él, entiende (a medias, que el lenguaje es oscuro) “la futura estirpe de Ascanio”, la loba, con los gemelos, Augusto...<sup>20</sup>

Y en fin, antes de su último combate, curado milagrosamente, el héroe se despide de su hijo, aconsejándolo, mírate en el ejemplo de tu padre Eneas (¡mi virtud famosa!), y en el coraje de tu tío Héctor.<sup>21</sup>

---

<sup>18</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 232 – 234 y 272 – 276.

<sup>19</sup> Virgilio, *Eneida*, VIII, 46 – 48.

<sup>20</sup> Virgilio, *Eneida*, VIII, 626 ss.

<sup>21</sup> Virgilio, *Eneida*, XII, 430 – 440.

## Roma

Los Penates Frigios se aparecen en un sueño a Eneas, y le comunican la fuente de su linaje, en Hesperia, que en otro idioma dicen Italia, y le ordenan luego que consulte con su padre. Anquises, recordando las palabras de Casandra, confirma la noticia.<sup>22</sup> Ésa es nuestra sede, nuestra casa natural, ahí están nuestros cimientos, el oriente del que salieron, como dos soles, Dárdano y Yasio, los primeros de nuestro apellido.<sup>23</sup> Muy a menudo se manifiestan los dioses, y los muertos, y todos apuntan allí. Así el viaje de Eneas queda legitimado como regreso: lo que gane en aquellas tierras ya era suyo antes. Por eso se hace ahijar por el río Tíber.<sup>24</sup> Por eso transporta los Penates y los objetos de culto de la patria perdida, para fundar segunda Troya.

---

<sup>22</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 148 – 185.

<sup>23</sup> “hae nobis propriae sedes; hinc Dardanus ortus, / Iasiusque pater, genus a quo principe nostrum.” Virgilio, *Eneida*, III, 167 – 168.

<sup>24</sup> Virgilio, *Eneida*, VIII, 26 – 80.

## “Nate dea”

Venus rescata a Eneas en Troya, lo guarda durante sus navegaciones, lo arma en Italia para su duelo final, constantemente cuida de él, es su madre mágica, es su hada madrina. Pero el hijo le sale torcido. Acaso porque lo dio a criar a las ninfas silvestres del Ida<sup>25</sup>, Eneas no ha mamado amor, y lo gasta borde. Pierde literalmente a Creúsa, y figuradamente a Elisa Dido. Y nunca dice a Lavinia que la quiere: persigue tercamente casarse con la princesa sólo porque está escrito que así sea, amén, amén, y cuadra a su gloria, y a la de su raza.

---

<sup>25</sup> Teócrito, *Himno a Afrodita*, 45 – 200.

## Creúsa

### La fuga (*Eneida*, II)

La *historia* del final de Troya la cuenta Eneas para Dido. Es versión interesada, de parte. Hará la oficial.

Hubo lo del caballo de palo. Lo entramos en la ciudad desquiciando las puertas, que no cabía. Festejamos la paz nueva: los griegos habían levantado el cerco después de diez años. Yo dormía mi alivio en mi palacete, que tenía en un barrio retirado. Me sale, en sueños, Héctor, desfigurado por su final espantable. “*In somnis ecce (...) Hector.*”<sup>26</sup> ¡Ay, huye, hijo de diosa, y húrtate a esta hoguera, que Troya se desmorona! Dice. La patria te encomienda sus trastos sagrados, y sus Penates. Dice. Dice, y con sus manos saca del sagrario la imagen de Vesta, su fuego eterno, sus prendas íntimas. El príncipe de Troya me ha traído el aviso: no puede haber mejor mandadero. Corre, vete, estás excusado, me ha dicho. Cantarán (está cantada) la ruina de Troya. Defendiendo mi Casa han caído nuestros mejores. Ahora serás tú el príncipe casi divino de lo que quede, el administrador de su resto, y procurarás nuestra restauración. Me despierto espeluznado, subo al tejado, contemplo los incendios, me armo, voy hacia el alcázar. Encuentro a Panto, el sacerdote de Apolo, cargado de diosecillos derrotados. Dice palabras que serán famosas. Han venido el último día y la hora ineluctable de Dardania. Fuimos, los troyanos, y fue Troya.<sup>27</sup> Se juntan con nosotros Ripeo, Épito, Hípanis, Dimas y Corebo. Caemos sobre un griego, Andrógeo, y sus soldados, los matamos, nos vestimos con sus yelmos y sus escudos. Así mezclados hacemos carnicería en el enemigo. Vemos a Casandra. La sacaban, arrastrándola, atadas las manos, del santuario de Minerva. Corebo, su enamorado, se echa contra los ladrones, y encuentra su final. Mueren luego (ya los han conocido) Ripeo, Hípanis, Dimas, el párroco. Yo saco como puedo al viejo Ífito, a Pelias herido. Protesto. Mirad, mirad. He buscado la muerte aquí, aquí, aquí, pero no quieren mis hados que me llegue. Buscamos el palacio. Veo todavía a Hécuba,

---

<sup>26</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 270.

<sup>27</sup> “*Venit summa dies et ineluctabile tempus / Dardaniae: fuimus Troes, fuit Ilium et ingens / gloria Teucrorum...*” Virgilio, *Eneida*, II, 324 – 326.

rodeada de nueras, y a Príamo. Veo los cincuenta tálamos vaciados. Veo al rey. Se ha armado, pobre, tan viejecito. Pirro le termina, delante de sus ojos, otro hijo aún. Luego lo lleva hasta el altar, a la sombra del laurel, con la izquierda lo agarra de la canosa melena, le atraviesa el pecho con la espada, lo descabeza. Observando la muerte violenta de mi señor, el rey, me acuerdo, espantado, de mi padre, otro anciano. Luego me viene al pensamiento Creúsa, abandonada, y la casa saqueada, y la caída del pequeño Yulo.<sup>28</sup> Quedo sólo yo. Veo entonces a Elena. Puta. La mato. Voy a arrojarme, rabioso, sobre la hembra peor, pero Venus me detiene, riñéndome. “¿A qué esa inquina, el usgo?” Dice. Deja a la chica, mi ahijada. Lo de Elena y Paris pasó. Es materia de otro cuento. El tuyo comienza aquí. No os ha desgraciado ella. Han ordenado vuestra ruina Neptuno, Juno, Atenea, Júpiter. Corre a casa, mira primero cómo se encuentran tu padre, el anciano Anquises, tu mujer, Creúsa, y el pequeño Ascanio.<sup>29</sup> Yo haré tu escolta. Guiado por mi maravillosa mamá, llego al hogar. Pero Anquises, mi padre, prefiere que lo acaben los griegos ahora antes que sufrir las fatigas de la fuga y el exilio. Menciona vagamente su invalidez antigua, el castigo de Dios, aquel rayo que lo mutiló (¿que lo castró?). Nosotros, mi mujer, Ascanio, los criados, lloramos, que su tozudez nos hundirá a todos.<sup>30</sup> Como no lo conmueven nuestras lágrimas, me querello contra mi madre, Venus. ¿Para esto me has traído a casa? ¿Para que vea a Ascanio, a mi padre y a Creúsa degollados, en un charco de sangre común?<sup>31</sup> Entonces acaricia un fuego prodigioso las sienes de Yulo, formando una aureola. Truena a la izquierda. Una estrella atraviesa la noche hacia el Ida. La triple epifanía convierte a Anquises. Vale. El Cielo exige que se salve mi apellido.

---

<sup>28</sup> “...subiit deserta Creusa, / et direpta domus et parui casus Iuli.” Virgilio, *Eneida*, II, 562 – 563.

<sup>29</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 595 – 598.

<sup>30</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 651 – 653.

<sup>31</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 664 – 667.

Para la huida pido a mi padre que sea el custodio, por ahora, de los Penates y los objetos de culto, que yo tengo las manos manchadas de sangre, y lo cargo sobre los hombros, cubriendolos antes con una piel de león, cojo de la mano al pequeño Ascanio, y ordeno que mi mujer vigile de lejos nuestras pisadas.<sup>32</sup> Cito a mi gente a la sombra de un ciprés santo, cerca de la iglesia de la Señora Cereal, en una loma, extramuros. Salgo. Hay ruido de guerra. Tomo, para esquivarla, los callejones más apartados.

Ahí me quitan los hados a mi esposa. Se detuvo. Erró el camino. Cayó al suelo, agotada. No lo sé. Todo es incierto. Y nunca más, después, la han vuelto a ver mis ojos. Ni miré hacia atrás, ni conocí su perdida, ni me acordé de ella hasta que llegamos a al santuario alto de Ceres. Allí nos habíamos juntado todos: solamente faltaba ella, Creúsa, fallando a su hijo, y a su marido.<sup>33</sup>

Llegué al bosquecillo, dejé a Yulo, y a Anquises, con los Penates de la patria, y entré otra vez en Troya, la espada desenvainada, buscando a mi mujer. Volví a casa, pero ya el fuego devoraba sus paredes. Miré en los escombros del alcázar, y en otros edificios, la llamaba muchas veces, Creúsa, Creúsa. Sólo hallé su “infeliz simulacro”, su sombra desgraciada. Me pareció más alta. Yo, lleno de miedo, espantado, no podía hablar. Ella me consuela. Estaba muy conformada con su suerte. Dice. Esto ha sido voluntad de Dios Padre. Que no te acompañe, digo, en tus afanes. Que no entre a servir a ninguna condesa griega, en sus cocinas. Me quedaré aquí, en estas playas, donde me quiere la Morenica. Aquí, de este lado, todas las horas valen la misma hora, por eso los muertos nos enteramos de cosas. Te diré algunas. Tu destierro será largo y lleno de calamidades, y sólo terminará simbólicamente en la Hesperia, a orillas del Tíber. Allí, porque te casarás con una reina, serás rey, y dichoso, y levantarás, otra vez, Troya. Y ahora seca las lágrimas que derramas por mí (es que me preferías, ¿verdad?). Adiós, y cuida al hijo de nuestro amor. Dijo esto, y yo cogí un berriche, intenté tres veces abrazarla, pero su imagen se deshacía, como el aire, como un sueño.<sup>34</sup>

---

<sup>32</sup> “et longe seruet uestigia coniunx”. Virgilio, *Eneida*, II, 707 – 711.

<sup>33</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 735 – 744.

<sup>34</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 745 – 794.

Regresé al ciprés. Allí se habían congregado muchos fugitivos de mi nación. Yo sería su caudillo en el exilio.<sup>35</sup>

Al otro día mi padre, Anquises, ordenó dar las velas de las naves, que teníamos aparejadas en el ancón de Antandro, al pie del Ida, a los venturosos vientos.<sup>36</sup>

---

<sup>35</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 796 ss.

<sup>36</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 9.

## y Eurídice

\*

Orfeo ha sido piloto musical, misterioso, de los Argonautas, y a su regreso tomó por esposa a Eurídice. Fue Himeneo el padrino con escrúpulos de sus bodas. Barruntaba una desgracia. Se holgaba la novensana en la orilla de un río y la vio Aristeo y la apeteció. Eurídice, huyendo del sátiro, pisó una serpiente y, mordida por la bicha, murió.

Orfeo bajó a Tierra de Muertos y con sus talentos ganó el rescate de su mujer. Sin embargo, Plutón se la entregaba con una condición. Que la guiase hasta los umbrales del mundo sin mirar atrás. Eurídice seguía a tientas, cojeando aún de su herida, la cítara de su marido, su lazillo por aquellas cuestas tenebrosas, embarradas. Cuando entrevió la luz de la puerta Orfeo, lleno de ansiedades, se volvió, y perdió a Eurídice, esta vez para siempre.

Orfeo rondó el Aqueronte siete días con sus noches, pero el barquero no quiso pasarlo otra vez al otro lado, ése era privilegio que no se repetía. Se metió luego en la sierra, y guardó un luto cabezón, escandaloso, que las Ménades, despechadas, castigaron rompiéndolo en pedazos. El río donde lo echaron repite una rima, Eurídice, Eurídice. Como no se suicidase él, ¡la pena!<sup>37</sup>

\*

Pausanias<sup>38</sup> supo que Lésqueo y los Cantos Ciprios llamaban Eurídice a la mujer de Eneas. Y son testimonios de peso, de mucha autoridad.

---

<sup>37</sup> Virgilio, *Geórgicas*, IV, 317 – 558; Séneca, *Hércules loco*, 569 – 589; Séneca, *Hércules en el Eta*, 1032 – 1099; Ovidio, *Metamorfosis*, X, 1 ss.; Apolodoro, *Biblioteca*, I, 3, 2; Pausanias, *Descripción de Grecia*, IX, 30, 6.

<sup>38</sup> Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 26, 1.

\*

Las tocayas descarriadas corren malas suertes semejantes; los maridos, sin embargo, tienen comportamientos contrarios.

Orfeo quiere asegurarse de que lleva a Eurídice cosida a su sombra: es su amor lo que la pierde.

A Eneas se le va (y no es figura) la santa al cielo, está en las nubes de los futuros legendarios que le han pronosticado, conoce sus prestigiosos orígenes (es hijo de Venus), lleva a cuestas a su padre, que le servirá muy bien vivo y muerto, cela los Penates de la patria, el fuego vestal, el ceñidor de la Virgen, sujeta a su hijo, que lo repetirá gloriosamente, es natural que se olvide de su Eurídice, que la extravíe, quizás, adrede (estorbaría su empresa en Cartago, y en Italia).

Eneas, casado con Creúsa, vale poco, es, nada más, uno de los yernos de Príamo.<sup>39</sup> Dido, en Cartago, reparará sus naves. Lavinia, en Hesperia, lo aumentará, y llegará a rey.

Licofrón, en su *Alejandra*<sup>40</sup>, cuenta algo pertinente, impertinente. Viendo la piedad de Eneas, el cual, para honrar a los dioses de la patria, y a su anciano padre, ha apartado a su mujer y a sus hijos, descuidándolos, desconociéndolos, los griegos lo perdonaron, y sólo a él no lo despojaron de su riqueza.

---

<sup>39</sup> Higino (*Fábulas*, XC) da la lista de los cincuenta y cinco hijos del rey de Troya, y cita la última a Creúsa. Apolodoro (*Biblioteca*, III, 12, 5) dice que Príamo tuvo de Hécuba primero a Héctor, luego a Paris, y luego a Creúsa.

<sup>40</sup> Licofrón, *Alejandra*, 1226 ss.

## Esclavitud incierta de Creúsa

En la Fólide, pasando la Fuente Casótide, en las paredes de la Lesque de los cnidios, Polignoto pintó el final de Ilión, y aparece, entre las cautivas troyanas, Creúsa. Sin embargo, dicen algunos que, porque era esposa de Eneas, la Gran Madre Cibeles y Venus, su suegra, impidieron que los griegos la hiciesen su esclava.<sup>41</sup>

---

<sup>41</sup> Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 26, 1.

# Dido Elisa

## Prólogo

Fue Troya y fueron los troyanos. Ya no eran. Eneas extravió a Creúsa, su mujer, durante la huida, en las calles de la ciudad. Se le ha muerto su padre, Anquises. Una tempestad de cuento deshace luego la escuadra troyana. Su almirante, Eneas, alcanza, con siete naves estropeadas, una playa libia. He aquí, resumidas, sus tribulaciones. Antes recibió señales más o menos ciertas de su destino, que lo marcaban.

## Epifanías

“*Ecce (...) Hector...*” El fantasma roto de Héctor alarma (a la letra) a Eneas en un sueño de mucha oportunidad. Le dice que huya, con los Penates de la patria, el fuego de Vesta y su liguero, y busque otros muros que ciñan a los troyanos. Que por razón de su casa, y por su apellido, ya han perdido demasiado, casi todo.<sup>42</sup>

Eneas aprende que los dioses (Júpiter, Neptuno, Atenea, sobre todo Juno) fueron contrarios a Troya<sup>43</sup>, y que lo ampara su madre, Venus.

Ve a Ascanio aureolado, el trueno zurdo, la estrella corredora apuntando al Ida.<sup>44</sup>

En una calle derrumbada de Troya el espíritu de su mujer ha saludado a Eneas. El Rey del Cielo, le ha dicho, manda que no lo acompañe, la Madre de los Dioses quiere retenerla en su costa. Creúsa lo ha enterado de que padecerá largos destierros y llegará por fin a Hesperia, a orillas del Tíber, donde tomará una reina por esposa, y será rey, y feliz. Y le ha pedido que ame desde ahora a su hijo común sobre todas las cosas.<sup>45</sup>

En Mavorte han empezado una colonia, la de los Enéadas, que no sirve, porque esa tierra está sucia.<sup>46</sup>

Llegan peregrinos a la isla sagrada de Ortigia, y a la capital de Apolo, Delos. La pitonisa susurra, buscad la tierra donde nació vuestra raza dardania, regresad a la madre que os parió.<sup>47</sup> Anquises interpretra el oráculo. Piensa que se refiere a Creta. Van allí, fundan Pergamea.

---

<sup>42</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 268 – 297.

<sup>43</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 602 – 623.

<sup>44</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 681 – 698.

<sup>45</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 771 – 789.

<sup>46</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 13 – 61.

<sup>47</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 73 – 99.

Una peste los diezma. Anquises aconseja volver a Ortigia, consultar segunda vez.<sup>48</sup> Pero se aparecen a Eneas en otro sueño los Penates patrios y corrigen a su padre. Es Hesperia, la cuna verdadera de Dárdano.<sup>49</sup> Ahí recuerda Anquises las alucinaciones de Casandra, pobre, ésa fue su desgracia, y la nuestra, que nadie podía creer sus palabras, aunque eran seguras, y decía “Italia” unas veces, y otras “Hesperia”, empleando el nombre latino y el griego.<sup>50</sup>

En las islas Estrófadas la harpía mayor los maldice, llegaréis, sí,<sup>51</sup> a Italia, pero pasaréis tanta hambre que os comeréis hasta las mesas.

En Butroto oye Eneas a su rey agorero, Héleno Priámida. Le da la señal de su meta. Verás, en la orilla de un río, una cerda blanca, amamantando treinta lechoncillos albos. Ése será tu solar. Le advierte que evite la costa oriental de Italia, poblada de griegos. Que esquive Escila y Caribdis. Que, cuando llegue, vele sus cabellos con manto de púrpura. Y sobre todo, le dice, adora a Juno, multiplica tus oraciones. Y vé a Cumas, busca allí a la Sibila, ella te concretará tu destino.<sup>52</sup>

Avistan la costa de Italia. Cuatro caballos blancos pacían, señal de guerra, o de paz, no saben.<sup>53</sup> Rezan a Palas Atenea y queman ofrendas para amansar a Juno.<sup>54</sup>

Se le acaba a Eneas su padre y al poco, cerca de Sicilia, una tormenta fabulosa desvía su rumbo, y con la armada diezmada y averiada toca la costa africana.

Eneas ponía terca proa a Italia, pero podía más la diosa enemiga de los suyos.

---

<sup>48</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 100 – 146.

<sup>49</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 147 – 175.

<sup>50</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 180 – 188.

<sup>51</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 245 – 257.

<sup>52</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 374 – 462.

<sup>53</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 521 – 543.

<sup>54</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 543 – 547.

Virgilio quiso saber de su Musa, primero, la razón del odio de Juno, el origen de los trabajos de Eneas.<sup>55</sup> Juno era patrona de Cartago. Allí guardaba sus armas y su carro. Era su ciudad predilecta. Sabía que la Nueva Troya no toleraría su primacía. Y guardaba rencor a los troyanos desde lo del juicio de Paris, pues prefirió a Venus. Por todo eso dificultaba la fundación de Roma.<sup>56</sup>

---

<sup>55</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 1 – 11.

<sup>56</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 11 – 33.

## Punto por punto

\*

Venus pide a Júpiter que ponga fin a las fatigas de los troyanos, que comenzarán, está dicho, palabra de Dios, o escrito en el Cielo, Segunda Troya. Venus pone el ejemplo particular de Eneas. Es su madre, y su hada madrina: “¿Así honras su piedad?” Júpiter la tranquiliza. “Abrazarás tu ciudad...” El rey del Olimpo adelanta, para consolar a Venus, la historia de Roma, desde Eneas hasta Julio César, que será divino<sup>57</sup>, y manda al hijo de Maya a Cartago, para que Dido reciba hospitalariamente a los teucros.<sup>58</sup>

\*

¿Deabajo de qué cielo nos hallamos?<sup>59</sup> Eneas, naufrago, mareado, interrogaba a Venus (pero no la conocía). La diosa le contó la *historia* de Elisa Dido. Era reina antigua fenicia, viuda más o menos nueva de su tío Siqueo, que llegara a obispo. Huyó cuando su hermano Pigmalión le mató el marido, y empezó Cartago, aquí en Libia. Era ahora su alcaldesa, rica, guapa, con muchos novios.<sup>60</sup>

Eneas se presentó, Soy Eneas el pío<sup>61</sup>, y dijo su última mala hora (la marejada que había descoyuntado su flota). Ella lo consuela, que todas sus naves se han salvado (¿ves esos doce cisnes?). Por fin la sabe su hijo, le reprocha que se presente siempre disimulada bajo alguna ficción. Mamá lo envuelve en una nube para que alcance el palacio de Dido con seguridad.<sup>62</sup>

\*

En los frescos de una sala del templo de Juno que Dido había levantado sobre un lugar propicio estaba pintada, como en tira de tebeo, la *Ilíada*.

---

<sup>57</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 223 – 296.

<sup>58</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 297 – 304.

<sup>59</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 331.

<sup>60</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 335 – 368.

<sup>61</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 378.

<sup>62</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 370 – 417.

Eneas ve en sus viñetas el final de Troilo, la tristeza y el pánico de las troyanas, a Aquiles rodeando tres veces la ciudad arrastrando el cuerpo de Héctor, a Príamo suplicante. Se ve a sí mismo, mezclado en la lucha con los príncipes aqueos.<sup>63</sup>

\*

Dido entró espléndida, magnífica. Recibió a algunos troyanos en embajada, que le pidieron asilo, y que permitiese que reparasen sus naves, que venían con su señor, Eneas. Ella tenía alguna noticia, claro, de las gestas de Eneas, y lo recibiría muy bien, dijo, y aseguró a sus hombres. En eso la nube que ocultaba al héroe se disuelve y aparece iluminado por su madre, doña Venus, maravilloso. Dido lo reconoce. Sabe que es hijo de mucho, y el final de Troya, y su nombre.<sup>64</sup>

\*

Dido hace que lleven a los marineros que han quedado en la cala veinte toros, cien gorrinos, cien corderillos con sus madres, y vino, y ordena un banquete para su adelantado.<sup>65</sup>

Eneas envía por su hijo Ascanio, y encarga que le traiga, para regalárselas a la señora de Cartago, un manto y un velo que fueron de Elena, y la vara de mando de la infanta Ilíone, la hija mayor de Príamo, y su collar, y su diadema.<sup>66</sup>

\*

Venus, fullera, amaña la partida. La diosa teme que, si va el pequeño Yulo Ascanio a palacio, las intrigas tirias o la saña de Juno lo arruinen. Para salvarlo, y seducir a Dido, lo roba, se lo lleva a su casa de Citera, y envía en su lugar a Cupido desalado, dadivoso. El gamberro incendiará a Elisa, la perderá, yendo y viniendo entre ella y el capitán troyano.<sup>67</sup>

---

<sup>63</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 450 – 493.

<sup>64</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 494 – 624.

<sup>65</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 631 – 642.

<sup>66</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 643 – 656.

<sup>67</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 657 – 722.

\*

Dido convidó a Eneas y le rogó, en la sobremesa, y ya había anochecido, que le contase otra vez la *ilíada*, con el final de Toya, y su fuga, y sus largas navegaciones (ya han pasado siete años).<sup>68</sup>

Eneas contó su *historia*, la que lo había traído hasta el África, y calló, abrumado por la melancolía. La hermosura del héroe (su planta, su rostro), su voz, su *vida*, cautivaron a Dido. Ya no podía en ella Pudor, ni el recuerdo de su primer matrimonio desastrado. Su hermana Ana le dice, finge patrañas que desayuden la partida de tus huéspedes, los pélagos encolerizados, Orión tempestuoso, rotas las naves, el cielo intratable.<sup>69</sup> Y rezan ambas a los dioses, a Ceres, a Febo, a Baco, sobre todo a Juno.<sup>70</sup> Y enseguida Dido, otra vez, al atardecer, después de otro banquete, quiere oír la epopeya.<sup>71</sup> Mírala ahora, perdidita de amor por el naufrago troyano, el forastero. Los edificios de Cartago se quedan a medio hacer. Sus soldados no frecuentan la palestra.<sup>72</sup>

\*

Juno quiso casarlos, unir a tirios y troyanos, que eso favorecería a Cartago, y concierta con Venus, con un pacto, el himeneo. Yo me ocupo, dice Juno. Mañana salen en montería. Levantaré una tormenta que apartará a Eneas y Dido. Se refugiarán en una gruta que será de amor... Vale, dice Venus.<sup>73</sup>

Todo sucede así. En la cueva Eneas y Dido celebran su boda íntima. Su amor es por ahora furtivo, pero Elisa, sin mirar honras ni famas, desea ya casarse con el amigo.<sup>74</sup>

---

<sup>68</sup> Virgilio, *Eneida*, I, 748 ss.

<sup>69</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 50 – 53. Traducción de Aurelio Espinosa Pólit.

<sup>70</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 1 – 64.

<sup>71</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 75 – 79.

<sup>72</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 80 – 89.

<sup>73</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 90 – 128.

<sup>74</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 129 – 172.

\*

Se publican sus amores, o amoríos. La fama llega a Yarbas, pretendiente principal de Dido, rey de Getulia, devotísimo de Júpiter. Yarbas pide a su Señor que deshaga aquello. Llama a Eneas “nuevo Paris”.<sup>75</sup>

Oyó Júpiter a su beato, y envió a Mercurio para que lo regañara. Si Venus lo había ahorrado dos veces, en Troya, y cuidaba de él en su *Eneida*, era porque lo reservaban para una gesta más alta, para comenzar Roma, la herencia que le debía a su hijo, Yulo Ascanio. Abandona esta vida ociosa, afeminada, de delicias. Hale, bota las naves.<sup>76</sup>

\*

Eneas, perplejo y miedoso, y meapilas, obedecerá. Manda que aparezcan la armada que ha reparado Dido en sus astilleros, pero con disimulo, que la reina no recele.<sup>77</sup>

Pero Dido lo averigua enseguida, y se querella. ¿Terminará así su comenzado matrimonio? ¿Huía de ella? La odian, porque ama a Eneas, los Libios, los reyes nómadas que pedían su mano, los tirios, sus vecinos. Ahora, si se va él, se llegaría su hermano Pigmalión a arrasar la ciudad, o vendrá Yarbas y la arrastrará hasta Getulia, como cautiva. Dame antes, le dice, por lo menos, en prenda, un hijo, un “Eneas párvulo”.<sup>78</sup>

Pero Eneas es manso con los dioses, y con la patria, y se somete a su ordenado destino. Se acordará, dice, siempre, de Dido Elisa. Pero él no le ha dado nunca palabra de marido, no están casados. Él no puede seguir, como los hombres ordinarios, su gusto. Y ahora debe ir a Italia, ocupar, con los suyos, “el ausonio solar”, es mandamiento divino que repiten el espíritu de su padre, en sueños, y los ojos de su hijo, en su vigilia.<sup>79</sup>

---

<sup>75</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 173 – 218.

<sup>76</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 219 – 278.

<sup>77</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 279 – 295.

<sup>78</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 296 – 330.

<sup>79</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 331 – 361.

Dido lo aoja. Te recogí, náufrago. Reparé tus naves en mis astilleros. He mimado a los peones de tu mesnada. Perdí, por ti, mi nombre. Y ahora te largas, me dejas. Pues te asombrará, mi fantasma, en todas partes. Y conoceré tu peor suerte en mi inmediata residencia, que será el Infierno.<sup>80</sup>

“El pío Eneas” afana, de todos modos, a sus hombres para que armen los barcos, con toda la prisa que puedan.<sup>81</sup> Dido observa los trabajos en el puerto llena de ansiedad, le envía a su hermana Ana, que le solicite una tregua, que espere aires favorables, una estación más propicia. Él berrea, pero se niega.<sup>82</sup>

\*

Dido quiso terminarse. Amontonó en el patio, sobre una pira de leña de pino y roble, las armas de Eneas, sus prendas, el tálamo donde la perdió, adornó la habitación con guirnaldas, derramó flores funerales. Oficiaba una bruja de Masilia, desmelenada, citó a las Tinieblas, al Caos, a la triple Hécate, a Diana triple. Dido se desabrochó la túnica, se descalzó un pie, cumplió los ritos.<sup>83</sup>

Y todavía aprieta Mercurio a Eneas, dormido en la popa de la nave capitana. Y Eneas corta amarras, se echa a la mar, se va, se va.<sup>84</sup> Dido contempla los muelles desiertos, el mar lleno de trapos, oye el crujido de los lienzos y las entenas y el ritmo de los remos. Llora su ventura. Echa pestes contra Eneas, en particular, y contra todos los troyanos, y se da muerte sobre la pira con la espada del amigo. Su final llegaba muy despacio. Tuvo que enviar Juno a Iris, que cortase sus rizos de oro y los consagrarse al Orco Estigio, a Dite. Así desató su alma.<sup>85</sup>

---

<sup>80</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 362 – 387.

<sup>81</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 388 – 407.

<sup>82</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 408 – 449.

<sup>83</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 450 – 553.

<sup>84</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 554 – 583.

<sup>85</sup> Virgilio, *Eneida*, IV, 584 ss.

Eneas vio la hoguera, intuyó el final desgraciado de Elisa. El luto le duró siete versos.<sup>86</sup>

\*

Entra Eneas, guiado por la Sibila, en el Infierno. En los Campos de las Lágrimas, en un arrayanal, pasean sus tristezas las muertas de amor. Una, Elisa Dido. Eneas la ve, la saluda, intenta disculparse, si dejé tus playas fue por imperio de los dioses. Mírame. No te vayas aún, ésta es la última vez que puedo conversar contigo. Ella calla, no responde, tiene los ojos en el suelo, vuelve el rostro, se mete en el bosque de mirtos donde Siqueo, su primer esposo, la ama aún. Eneas solloza, hipá.<sup>87</sup>

---

<sup>86</sup> Virgilio, *Eneida*, V, 1 – 7.

<sup>87</sup> Virgilio, *Eneida*, VI, 440 – 476.

## La pintura de Troya

Alfonso X el Sabio conoció una versión curiosa que explica de otro modo las razones que llevaron a Eneas a marcharse de Cartago, a abandonar a Dido.

Eneas estaba muy a su sabor con Dido, mujer sesuda y hermosa, y disfrutaba además del señorío de Cartago. ¿Por qué cambió aquello por un sueño que le pillaba muy a trasmano?

Cuando pobló la ciudad, Dido había mandado levantar un templo en cuyas paredes figurase, coloreados, todos los cuentos del mundo. El último, el más reciente, era el de Troya, y como no cabía lo tuvieron que dibujar en un portal apartado. Dido y Eneas habían pasado muchas tardes entretenidos, distraídos, mirando las historietas del edificio principal, pero nunca habían visitado el patio que retrataba lo de Troya.

Eneas preguntaba a Dido qué había detrás de aquella tapia, y ella callaba, disimulaba.

--Es una historia triste, aburrida, está mal contada.

Tanto la importunó Eneas que fueron.

Eneas fue para mal. Lo que vio allí en los muros le pesó, le pesó. Dice el Rey Sabio cómo “entendió que los omnes de aquella tierra sabían por aquellas pinturas más de su fazienda que él non quisiera...e puso en su corazón irse de aquella tierra e numqua tornar allí más.”

Conque fue eso. No lo echaron de Cartago fantasmas, los dioses, la tierra prometida, gloria asegurada. Lo que apartó a Eneas de Dido fue la vergüenza de las noticias ciertas que ella guardaba de su pasado troyano, su verdadera *historia*, la *Eneida* no censurada.

## Lavinia

“Allí te granjearás alegre prosperidad, y un reino, y una regia esposa.”<sup>88</sup> Se lo anunció (y los muertos conocen secretos que no alcanzamos) el fantasma nuevo de Creúsa, su mujer, en Troya.

Otro espíritu, el de su padre, Anquises, al otro lado, señala, entre las almas que ya han bebido en el Leteo y aguardan turno para regresar, olvidadas de sus pasados, al mundo, la de una que se encarnará en un tal Silvio, el cual será el pequeño de su “esposa Lavinia”, hijo de la vejez de Eneas. Se criará en las selvas, y será el primero de una estirpe de reyes que reinarán en Alba Longa.<sup>89</sup> De esta forma aprende Eneas el nombre de su futura mujer.

En Cumas tiene noticias más ciertas, y mucho más inquietantes, de la Sibila de Cuma: “Causa de tantos males será otra vez una mujer extraña a los Teucros, y el tálamo, otra vez, de una extranjera.”<sup>90</sup>

Reinaba el viejo Latino sobre los Laurentos. Un hijo varón que tuvo lo había perdido. Sólo tenía ahora una hija, virgen y en sazón, Lavinia. La buscan muchos, pero su primer pretendiente, su galán principal, y el favorito de la reina Amata, es Turno.<sup>91</sup> Sólo que dos prodigios (un enjambre de abejas colgaba, como racimo, de la copa del laurel sagrado del patio; a la princesa se le prendió el pelo mientras atendía el fuego vestal y casi incendia el palacio) indicaban, según explicó el espíritu de Fauno, el padre del rey, que un extranjero los señorearía, y que riñendo por la muchacha se armaría una guerra. Fauno aconsejó a Latino que casase a su hija con el capitán forastero.<sup>92</sup>

---

<sup>88</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 783 – 784: “illic res laetae regnumque et regia coniunx / parta tibi.”

<sup>89</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 760 – 766.

<sup>90</sup> Virgilio, *Eneida*, Vim 92 – 93.

<sup>91</sup> Virgilio, *Eneida*, VII, 45 – 57.

<sup>92</sup> Virgilio, *Eneida*, VII, 58 – 106.

Viene de parte de Eneas Ilioneo, su embajador. Sigue las instrucciones de Apolo. Proceden, usted y mi señor, le dice a Latino, de Júpiter. Dárdano, nuestro padre primero, nació en estas tierras.<sup>93</sup> El rey Latino caviló que aquel Eneas debía de ser el forastero del oráculo, el que tenía que casar con su hija: sus descendientes dominarían el mundo. Y se lo comunicó a Ilioneo. Que venga a verme. Y le adelantó caballos para los troyanos, y un carro con su tiro para el novio.<sup>94</sup>

Juno se rindió en parte. Sería de Eneas el reino de Latino, y se casaría con aquella infanta que los hados le habían asignado. Pero ella pondría chinitas a la boda, la aplazaría. Eneas será segundo Paris, Lavinia, otra Elena, y recibirán, por dote, sangre de los troyanos y de los rútulos, tendrán por madrina a la guerrera Belona, y serán funestas las hachas nupciales de la Nueva Troya.<sup>95</sup>

Enfurecida (mordida por una Gorgona) la reina Amata fatigaba a su marido, Latino. ¿Casarás a Lavinia con un troyano vagabundo? También llegó un ladrón furtivo a Esparta, aquel príncipe pastor, y robó a Elena... Y a Turno, que es mucho y vale mucho, le diste tu palabra...<sup>96</sup> Luego, de corifea de bacantes, se hizo seguir por las dueñas hasta las selvas montañosas, y allí ocultó a su hija, para retrasar, o impedir, su matrimonio con Eneas.<sup>97</sup>

Juno se querella ante Júpiter de los Teucros, que terminan a hierro y fuego a los Latinos, y saquean sus campos de pan, y quitan a la fuerza a su rey la hija pactada para dársela a su capitán.<sup>98</sup>

---

<sup>93</sup> Virgilio, *Eneida*, VII, 212 – 248.

<sup>94</sup> Virgilio, *Eneida*, VII, 249 – 285.

<sup>95</sup> Virgilio, *Eneida*, VII, 286 – 322.

<sup>96</sup> Virgilio, *Eneida*, VII, 341 – 372.

<sup>97</sup> Virgilio, *Eneida*, VII, 385 – 405.

<sup>98</sup> Virgilio, *Eneida*, X, 77 – 79.

En medio de la guerra se juntan los prohombres. Drances, enemigo de Turno, aconseja al rey Latino que case aún a Lavinia con Eneas, y aquí paz y después gloria.<sup>99</sup> Pero es tarde: ya se llegan hasta ellos los troyanos, y Latino se arrepiente de no haber entregado a su hija al dárdano.<sup>100</sup>

Han sitiado la ciudad. Con séquito de matronas sube a la cumbre del alcázar, hasta el templo de Palas Atenea, la reina Amata. “Con ella viene la virgen Lavinia, / causa de tantos males, sus pudorosos ojos en el suelo.”<sup>101</sup>

Turno se enfrentará a Eneas en combate singular. Si gana “el Dardanio”, el “desertor de Asia”, que se lleve “a Lavinia por esposa”.<sup>102</sup> El rey Latino intenta detenerlo. Tienes el reino de tu padre Dauno, y muchas ciudades que has ganado. Y no te faltará mi amor, ni mi protección. Ni otra doncella hija de mucho, del Lacio. Yo, porque lo ordenan los dioses, se la di a Eneas, y luego se la quité, atendiendo los ruegos de mi esposa Amata, y permití que corriera la sangre. Y ahora, si mueres, tus Rútulos, y toda Italia, perderán bastante, me lo reprocharán.<sup>103</sup> Tampoco la reina Amata quería que Turno saliese a pelear. Correría ella, lo prometo, tu misma suerte. Si eres derrotado, no quiero sobrevivirte, cautiva de Eneas, y su suegra además.<sup>104</sup> La virgen Lavinia, oyendo las protestas de su madre, llora, y se ruboriza.<sup>105</sup>

Pero Turno está decidido. Retará aún a Eneas. El duelo resolverá quien toma a Lavinia por esposa. A Turno “lo turba Amor, y clava su mirada en el rostro de la virgen, / y arde aún más por coger las armas...”<sup>106</sup>

---

<sup>99</sup> Virgilio, *Eneida*, XI, 352 – 359; 371 – 373.

<sup>100</sup> Virgilio, *Eneida*, XI, 468 – 472.

<sup>101</sup> Virgilio, *Eneida*, XI, 479 – 480.

<sup>102</sup> Virgilio, *Eneida*, XII, 14 – 17.

<sup>103</sup> Virgilio, *Eneida*, XII, 18 – 45.

<sup>104</sup> Virgilio, *Eneida*, XII, 54 – 63.

<sup>105</sup> Virgilio, *Eneida*, XII, 64 – 69.

<sup>106</sup> “Illum turbat amor figitque in uirgine uultus: / ardet in arma magis...” Virgilio, *Eneida*, XII, 70 – 71.

Antes de darse al baile de las espadas, en la palestra, Eneas jura que, si venciese, Troyanos e Ítalos establecerán firme alianza, y que será su general y emperador Latino. Que fundará una ciudad, y que la bautizará con el nombre de su esposa Lavinia.<sup>107</sup>

Juno no quiso el combate singular, le parecía demasiado desigual. Continuó la guerra, y los troyanos escalaban ya los muros. La reina Amata, imaginando que ya ha muerto Turno, su campeón, como había prometido, se ahorca de “una alta viga”. Al enterarse de esto su hija Lavinia se arranca los cabellos, se araña las mejillas, forma corro de lloronas.<sup>108</sup>

Finalmente Eneas ha derrotado a Turno. Éste le pide que lo devuelva a Dauno, su padre, vivo o muerto. “Venciste y, vencido, me han visto los Ausonios tender mis manos; tuya es Lavinia, tu esposa; de aquí en adelante, no más odios.”<sup>109</sup> Eneas sintió compasión un momento, pero enseguida se acordó del príncipe Palas, el hijo de Evandro, y degolló a Turno.

---

<sup>107</sup> Virgilio, *Eneida*, XII, 187 – 194.

<sup>108</sup> Virgilio, *Eneida*, XII, 593 – 607.

<sup>109</sup> Virgilio, *Eneida*, XII, 936 – 938.

## Notas

Virgilio sólo dice (sólo sabe) el amor de Turno. Eneas intenta casarse con Lavinia porque está escrito, y lo mandan sus naipes, y conviene a su gloria. Latino, el padre de Lavinia, prefiere al troyano, obedeciendo, también él, a palabras y a hechos misteriosos. La reina Amata favorece, en cambio, a Turno, tanto que esconde a su hija de Eneas y, cuando piensa que va a ser suya, se suicida. Ella y Juno insisten en que el matrimonio con Turno estaba ya tratado. ¿Y Lavinia? No dice nada. Guarda decoro, virginal, mira el suelo, se sonroja. Y lamenta mucho, mucho, la muerte de su madre.

## noticias sobre Rea (Ilía) Silvia

\*\*\*\*\*

Esto,  
según Enio,  
el más antiguo cronista de los orígenes de Roma,  
que robó a Ilía, hija  
de Eneas,  
en sueños,  
Uno,  
con la inicial mayúscula  
y baba,  
y la devolvió a la mañana preñada de Rómulo y Remo,  
y que luego,  
cuando,  
para castigar su puterío,  
la echaron al Anio, Venus,  
de tercera,  
casó a su paradójica beata con el empalmado río.<sup>110</sup>

\*\*\*\*\*

Tito  
dice  
seguidos  
los doce reyes  
primeros,  
cabales,  
de Alba Longa,  
y el que hizo trece, que fue  
malo,  
aquel Amilio que quitó la alta silla a su hermano mayor,  
mandó matar después a los hijos varones de éste,  
y encerró en conventillo de sacerdotisas vestales a su sobrina,

---

<sup>110</sup> Enio, *Anales*.

la infanta  
de ley,  
Rea Silvia,  
por que quedase seca.

Rea Silvia fue monja  
forzosa,  
y tuvo estupenda visitación en su celda,  
de la cual concibió, y echó al mundo, dídimos,  
y aseguraba que fuera Marte su marido discretísimo,  
el padre de aquella “incierta estirpe”,  
y ella creía que verdaderamente había sido Él,  
como no quisiese defender su honra fingiéndose amiga secreta  
del dios  
soldado.<sup>111</sup>

\*\*\*\*\*

Virgilio,  
que supo  
o fabricó  
la *Eneida*  
para que naciese Roma de un héroe residual de Ilión,  
hace que Júpiter dé algún consuelo a su venérea hija,  
que ha perdido mucho,  
mucho, tendrás,  
le dice,  
ciudad  
nueva,  
empezará tu hijo segunda  
Troya,  
le dice,  
y adelanta  
luego  
a Ilía, “reina  
sacerdotisa”,

---

<sup>111</sup> Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, I, III – IV.

que parirá  
mellizos,  
“la prole  
de Marte”.<sup>112</sup>

\*\*\*\*\*

Ovidio va andando las ferias  
y,  
porque se llega a las que tocan en marzo,  
se ocupa de las aventuras de su señor tutelar.

Fatigaron a Silvia los trabajos de sacristana, lavar,  
digo,  
los trastos sagrados en la fuente,  
y se quedó dormida,  
y Marte,  
espiándola,  
la cubrió disimulado.

Silvia consideró, perpleja, su sueño, ardía  
Troya,  
y se le soltó del pelo la cinta de lana que la señalaba entera,  
y cayó al fuego,  
y nacieron de él dos palmeras,  
y su tío quería arrancarlas,  
pero una loba y un pájaro carpintero las defendieron,  
y prosperaban...<sup>113</sup>

\*\*\*\*\*

Plutarco, para que se empiece la *vida*,  
en itálica,  
de Rómulo,  
acude primero a la autoridad de Promatióñ,

---

<sup>112</sup> Virgilio, *Eneida*, 254 ss.

<sup>113</sup> Ovidio, *Fastos*, III, 10 ss.

el cual contaba que se aparecía últimamente a Tarquecio,  
rey de los albanos,  
en el hogar de su cocina,  
una polla  
con halo.

Soltaron los brujos el sueño,  
y ordenaba éste,  
decían,  
que una virgen se ayuntara con el fantasmal cipote,  
porque de ella nacería un hijo estupendo.

El rey mandó a su hija que cumpliese, pero ella,  
tiquismiquis,  
dio perra  
muerta  
a aquel Fénix cachondo,  
y envió en su lugar a una de sus criadas,  
que tuvo,  
de aquel encuentro,  
dos chicos  
igualicos.

Cita a continuación Plutarco a Díocles Peparecio, el cual seguía,  
a su vez, a Fabio Pictor,  
y afirmaban que montó a la novicia Marte,  
como no fuera su tío,  
en traje de *Capitano*.<sup>114</sup>

\*\*\*\*\*

sanagustín se ocupa de la ciudad  
peor,  
comenzada como “otra Babilonia” con el embarazo  
accidentado de aquella Rea,  
o Ilía,

---

<sup>114</sup> Plutarco, *Vidas paralelas*, III y IV.

“virgen  
vestal”,  
la sobrina del rey ladrón,  
y “quieren”,  
dice,  
los romanos  
que hiciese en ella los gemelos  
famosos  
Marte,  
y “argumentan, por honrar,  
o excusar,  
el estupro”,  
que una loba, bestia de la perrada del dios,  
diese tetas a los expósitos,  
conociéndolos,  
con ello,  
como hijos seguros de su Señor<sup>115</sup>

---

<sup>115</sup> San Agustín, *La ciudad de Dios*, XXI y XXII.



# dos consideraciones sobre Numa Pompilio, segundo rey de romanos

## revelaciones y maneras de sus dictados

Moisés pasó cuarenta días y cuarenta noches en el monte Sinaí,  
y recibió después las Tablas (eran  
de piedra)  
de la Ley,  
con los mandamientos,  
de puño y letra  
de Yahvéh<sup>116</sup>

movido por el-espíritu-santo, Jesús estuvo en el desierto,  
en cuarentena,  
a ver,  
pero sólo ganó la conversación de Satanás,  
que lo tentaba;  
en Getsemaní,  
en las orillas de su Pasión,  
 lleno de angustia,  
se dirigió a su Padre, Padre  
mío,  
“¡Abbá!”  
(¡papá!), que apartase  
de él  
este cáliz;  
y en la cruz decía, Elí, Elí, o bien Eloí,  
Eloí,  
o bien Padre,  
*lema sabactani?*,  
¿por qué me has abandonado?:

---

<sup>116</sup> *Éxodo*, XXIV, 12 ss.

yo era,  
¿no?,  
el Cristo,  
el hijode diós, pero papá  
callaba

a Juan lo visitó en la isla de Patmos el Hijodelhombre con  
mucho aparato,  
y le dictó esto,  
lo de los últimos días,  
que lo apuntase y lo enviase a las siete Iglesias

el arcángel Gabriel, con nombre  
y traje  
de moro,  
bajó la Tabla que repetía el Corán desde el Séptimo Cielo  
y dictó,  
luego,  
a pedacitos,  
a su profeta,  
la palabra-de-alá,  
la primera vez en la Cueva de Hira, cerca de la Meca,  
adonde se retiraba Mahoma,  
con asco y escándalo de las diosas que desordenaban aquella  
villa viciosísima

Numa Pompilio, rey  
beato  
de los romanos,  
se apartaba a menudo en una selva con la ninfa Egeria,  
que hiciese  
su musa,  
y le dictase las normas que debían gobernar la iglesia  
nueva

## Próspero y Numa Pompilio

esto está muy comprobado,  
que Shakespeare usó para sus comedias alguna de las *vidas* que  
armara, de dos  
en dos,  
Plutarco, y una,  
creo yo,  
sería la de Numa Pompilio,  
que tiene algo (que tiene  
mucho)  
de Próspero,  
el autor de una tempestad  
fantástica

son  
los dos  
viudos; los dos prefieren la vida apartada,  
que dedican a estudios dudosísimos,  
y asumen su cargo  
desganados;  
uno es el Duque demasiado lento de Milán, el otro,  
monarca maravilloso,  
y beato,  
de los romanos;  
Próspero, de rey-  
mago,  
se aparta con su hija en una isla y empieza una familia que no  
puede ser,

Numa Pompilio visita en su conventillo de las selvas a la ninfa  
Egeria;

Numa obliga con ataduras  
brujas  
a Fauno y Pico, que fueran sus demonios  
privados, Próspero  
gana con hechizos el socorro de sus ministros, Ariel  
y Calibán;

Numa Pompilio manda que a su muerte entierren los cuadernos  
que reúnen su religión  
nueva  
en un sepulcro vecino del suyo, Próspero,  
para quitarse,  
con su hija,  
de estos teatros que lo desasosiegan,  
abisma el libro que vale su poderío “en profundidades que  
ninguna plomada ha sondado jamás”





...y docena y media de griegos

Museo

las Musas, hijas  
de qué

nueve noches se entró Zeus en la celda religiosa,  
remota,  
de Mnemósine,  
la memoriosa señora de las colinas Eléuteras,  
y de aquellas visitaciones nacieron, a su hora,  
amontonadas,  
las nueve Musas (y divirtió a Ovidio fabricar, en miniatura  
bucólica, que lo hiciera dondiós  
en traje “de pastor”)

(Hesíodo, *Teogonía*, 53 ss.; 915ss.)

(Ovidio, *Metamorfosis*, VI, 114.)

## mester de ovejería

las Musas notaron el pellizo,  
el morral,  
los borregos que seguían a Hesíodo,  
y,  
antes de armarlo con la vara de laurel, que sirviera  
de muleta  
de su poesía,  
y acariciar  
su voz  
con sus dedos graciosísimos,  
deslinajaron a los de su oficio primero, en una égloga  
invertida,  
hace, paletos,  
vuestro estómago,  
el breviario de lo que erais

(Hesíodo, *Teogonía*, 25 ss.)

## “¡Ea, tú, comencemos por...”

“Comencemos nuestro canto por las Musas Heliconíadas...”<sup>117</sup>

“¡Ea, tú, comencemos por las Musas, que...”<sup>118</sup>

porque les debe mucho,  
esto,  
Hesíodo quiere empezar su poema contando  
a las Musas,  
las que tienen sus habitaciones,  
y oficina,  
en los mismos montes donde él hiciera de ovejero

---

<sup>117</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 1.

<sup>118</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 34.

## de bien nacidos

“Comencemos nuestro canto por las Musas Heliconíadas...”<sup>119</sup>

“¡Ea, tú!, comencemos por las Musas que a Zeus padre con himnos alegran su inmenso corazón dentro del Olimpo, narrando al unísono el presente, el pasado y el futuro.”<sup>120</sup>

“¡Salud, hijas de Zeus! Otorgadme el hechizo de vuestro canto. Celebrad la estirpe sagrada de los sempiternos inmortales...”<sup>121</sup>

“Y ahora cantad la tribu de mujeres, Musas Olímpicas...”<sup>122</sup>

“Musas Piérides, que dais gloria con los cantos, ea, convocad a Zeus...”<sup>123</sup>

“La cólera canta, oh diosa, del Pelida Aquiles...”<sup>124</sup>

“Musa, dime de aquel varón de multiforme ingenio que en su largo extravío...”<sup>125</sup>

era obligación contractual que el descuidado zagal adquiría cuando las Musas tocaban su voz, era,  
más exactamente,  
mandamiento  
que el aedo  
nuevo  
debía cumplir desde ahora,  
citar a las talentudas diosas, celebrarlas  
siempre,  
al empezar su poema, y cuando fuese a cerrarlo<sup>126</sup>,

---

<sup>119</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 1...

<sup>120</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 36 ss.

<sup>121</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 103 ss.

<sup>122</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 1021 ss. Proemio del *Catálogo de Heroínas*...

<sup>123</sup> Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 1.

<sup>124</sup> Homero, *Ilíada*, I, 1.

<sup>125</sup> Homero, *Odisea*, I, 1.

<sup>126</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 30 – 34.

y ellos se acordaban  
o no,  
que muchas veces,  
sobre todo al acabar el cuento,  
con el cansancio,  
se le iban las santas  
al cielo,  
huy

## las Musas, en *La Odisea*

tanto Homero, su autor, como Odiseo, su huésped suplicante,  
saludan a Demódoco, el aedo del rey Alcínoo,  
como el ojito derecho de las Musas, en sus aulas  
silvestres<sup>127</sup>

(fueron,  
sin embargo,  
algo mezquinas con él,  
que, a cambio de volverle la voz  
graciosaísima,  
le arrancaron los ojos a la letra  
o figuradamente)<sup>128</sup>

y Homero quiere que acudan las nueve musas a los funerales de Aquiles,  
lloronas,  
que cantasen,  
por turno,  
sus tristes trenos<sup>129</sup>

---

<sup>127</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 62 – 76, 477 – 489.

<sup>128</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 62 – 64.

<sup>129</sup> Homero, *Odisea*, XXIV, 60.

esto era  
y no era

aquel “una vez”  
del “érase”  
¿afirma la realidad del cuento?

mira en lo que las *rondalles* dicen de los cuentos  
que cuentan<sup>130</sup>

dicen, aquí,  
aquí, que están preñados  
de mentiras:

“*De mentides i de rondalles,  
d’una, en neixen a senalles.*”<sup>131</sup>

“*Aquí hi ha una plata de ceba,  
i allí hi ha un plat d’olives,  
i, pel mig, passen les mentides.*”<sup>132</sup>

aquí, en cambio, echa sapos  
y culebras  
sobre los incrédulos:

“*I el que no vulgui creure  
aquesta rondalla vera  
que el seu cap  
se li torni de cera.*”<sup>133</sup>

---

<sup>130</sup> AMADES, Joan (1982), *Folklore de Catalunya: Rondallística: Rondalles*, Barcelona, Editorial Selecta.

<sup>131</sup> I, Prólogo, 14.

<sup>132</sup> I, 578. N° 172.

<sup>133</sup> I, 111. N° 30. I, 203. N° 57.

“I tot això que us he explicat  
és la pura veritat,  
i el qui no s’ho vulgui creure  
que ho vagi a veure,  
i no sortirà a ballar a la plaça,  
ni beurà vi de la carbassa.”<sup>134</sup>

o bien se encoge de hombros,  
no importa, si fue  
o no fue, si es o no es:

“Rondalla ve,  
rondalla va,  
si no és mentida  
veritat serà.”<sup>135</sup>

“I aquesta rondalla que he explicat,  
si no és mentida  
és veritat.  
Si és mentida, bé,  
i si és veritat, també.”<sup>136</sup>

“Si és mentida,  
un sac de farina;  
si és veritat,  
un sac de blat.”<sup>137</sup>

“De follies i rondalles,  
us en contaré un grapat,  
les unes seran mentida,  
les altres seran veritat.”<sup>138</sup>

---

<sup>134</sup> I, 186. N° 52.

<sup>135</sup> I, 122. N° 34.

<sup>136</sup> I, 206. N° 58.

<sup>137</sup> I, 293. N° 83. I, 682. N° 200.

<sup>138</sup> I, 408. N° 123.

y es que lo que dicen los cuentos a un tiempo sucedió  
y no,  
ha pasado siempre, no ha pasado  
jamás

“*Això era i no era,  
i bon viatge faci la cadernera;  
per vosaltres un picotí,  
i per mi una quartera  
del bon blat que es bat a l'era.*”<sup>139</sup>

‘*Esto era  
y no era.*’ *Todo  
es cuento. Nada es cuento.*

fue lo primero lo primero que le dijeron las Musas a Hesíodo,  
que podían, con sus artes, si querían, disimular  
las fábulas, por que pareciesen  
verdaderas,  
que,  
cuando les daba la gana,  
contaban la *historia*  
cabal

justo antes,  
entonces,  
de amadrinarlo,  
las Musas, vacilonas, se presentan como dudables,  
dudosísimas<sup>140</sup>

---

<sup>139</sup> I, 396. N° 121.

<sup>140</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 27 – 29.



## acerca de los aedos

### Tres alabanzas generales del aedo

1

Ulises (lo ha afeado Atenea, su abogada  
muy parcial,  
y viste harapos para hacer el papel de pidiente) mendigaba  
mendrugos entre los galanes de su esposa,  
ensayando su larguezza.

Antínoo, el peor de todos, lo ha insultado.

Eumeo, el rey de la piara de Ulises, que está en el cuento  
del disfraz de su amo,  
lo defiende con una parábola que adelanta las de Jesús,  
nos afanamos detrás del profeta, del médico, del arquitecto,  
del aedo,  
porque nos aprovechan  
sus artes,  
y los recibimos como a príncipes,  
en cambio, al pobre,  
que nos fatiga con su bacineta y sus tablillas de San Lázaro,  
no le damos hospital en nuestras casas.<sup>141</sup>

Ha dicho el mayoral de cerdos los cuatro oficios  
que sirven mejor a los hombres,  
los de mayor utilidad,  
y, entre ellos,  
el del juglar,  
que da recreo a nuestras almas.

---

<sup>141</sup> Homero, *Odisea*, XVII, 382 – 387.

## 2

Ulises convida a Demódoco y dice su elogio famoso,  
todos los hombres que andan  
la tierra  
(todos los hombres que marean los mares)  
honran  
y aman mucho  
a los aedos,  
porque son alumnos mimados de las Musas, their teachers' pets.<sup>142</sup>

## 3

Han ahijado las Musas (o el musical Apolo)  
al aedo, y merecen, por eso,  
él  
y su *mester*,  
el apellido de divinos,  
divinos.

---

<sup>142</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 478 – 481.

## Casos particulares de aedos

### Prólogo

Dice Homero las *historias* (fueron desgraciadas) de dos aedos; otros dos tienen *parte* en su *Odisea*.

### Tamiris

Haciendo el *Catálogo de las naves* menciona la villa de Dorio. Allí las Musas, dice, le salieron a Tamiris, el tracio, que volvía de Ecalia, de ver al rey Eurito, y lo lisiaron (el poeta, discretísimo, no menudea sus mutilaciones), dejándolo impedido para el canto y para la cítara, porque se había dado charol, tengo yo más gracia en la voz, y en los dedos que andan las cuerdas, que aquellas ninfas, las hijas de Zeus, mis patronas.<sup>143</sup>

### Uno que hizo la guarda de Clitemnestra

Durante su *Telemaquiada* el anciano Néstor cuenta al príncipe de Ítaca la torcida suerte de Agamenón.

---

<sup>143</sup> Homero, *Ilíada*, II, 594 – 600.

Cuando el Generalísimo salió en su almiranta  
contra Troya  
encargó la custodia (la vigilancia  
muy cuidadosa)  
de la honra  
de la reina  
a su aedo  
doméstico.  
Egisto, emborrocado, paseaba  
la calle de Clitemnestra,  
y, como el rodrigón estorbaba su ronda, lo embarcó  
y lo abandonó en una isla  
desierta,  
y allí fue pasto de la pajarería.<sup>144</sup>

## Demódoco

Su señor, el rey Alcínoo, cita, entre las blandas  
diversiones  
de los feacios,  
la segunda,  
la de la cítara.<sup>145</sup>

Tiene, por eso, paniaguado, a un aedo  
divinal  
y ciego,  
Demódoco.

Alcínoo ha reunido en su palacio a los demás hijos  
de algo  
de la isla, quería  
banquetear al extraño.

---

<sup>144</sup> Homero, *Odisea*, III, 264 – 272.

<sup>145</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 248.

Su heraldo, Pontónoo, servía de lazarillo de Demódoco,  
lo sentó en medio de ellos en una silla  
rica,  
apoyado junto a una columna,  
y colgó su cítara de una percha,  
a su lado,  
y le colocó delante una mesa, con pan y vino. Se hartaron,  
y el aedo tomó la cítara y comenzó el cuento  
de la riña  
muy celebrada  
de Aquiles y Ulises,  
sentados a otra tabla,  
en otro festín. El forastero  
moqueaba.

Lo notó su anfitrión, e interrumpió el relato,  
levantemos los manteles,  
mandó,  
salgamos al campo,  
que se prueben nuestros atletas. El heraldo  
acompañó a Demódoco,  
y le llevaba  
la cítara.<sup>146</sup>

Jugaron a esto  
y lo otro,  
despejaron luego una pista,  
llevó el heraldo a Demódoco hasta el centro,  
pulsó éste la cítara  
y cantó la monta  
asustada  
de Ares y Afrodita, en casa  
del cojitrancó Hefesto,  
con el cómico  
escándalo  
de su descubrimiento  
(y bailaban,

---

<sup>146</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 41 – 48; 62 – 99; 104 – 108.

y daban palmas,  
acompañando la música, los feacios).<sup>147</sup>

Regalaron a continuación los príncipes al huésped mantos,  
túnica,  
copas de oro, una espada  
de bronce,  
y lo bañaron  
y ungieron con óleos perfumados,  
y lo vistieron,  
y Nausícaa, pobrecita, enamorada como una colegiala,  
se asomó al umbral,  
le preguntó  
como pudo (la estorbaba el esfuerzo de sujetar  
el berrinche),  
devuelto a tu patria, terminada  
tu *Odisea*, ¿te acordarás  
alguna vez  
de mí,  
que te he ayudado?  
Todos los días que me concedan aún los dioses  
te rezaré,  
hija,  
serás mi virgen  
privada.<sup>148</sup>

Otra vez se sentaron a la mesa, y Ulises (pero escondía  
todavía  
su nombre)  
convidó al aedo, y lo felicitó,  
entiendo yo que importas más que ningún otro hombre,  
porque repites las suertes de los dánaos como si hubiesen sido  
las tuyas,  
¿rimarás ahora, para mí, el ingenio del caballo  
de palo?

---

<sup>147</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 266 – 380.

<sup>148</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 398 – 468.

Demódoco cogió la cítara y lo obedeció,  
y siguió con la novela del final  
de Troya,  
ése es Ulises, va, con él, Menelao, buscan la casa  
de Deífobo, el marido  
último  
de Elena.

Otra vez el llanto arrasaba el rostro de Ulises, hipaba, otra vez  
lo observó el rey,  
algo apesara a mi huésped,  
suspende aquí, Demódoco, tu canto,  
tu cuento.<sup>149</sup>

Lloras (le decía el rey de los feacios al héroe  
secreto)  
oyendo la industria  
del caballo  
carpintero,  
y la especie de muerte que dieron al príncipe Deífobo  
Ulises  
y Menelao,  
¿es que no sabes que quisieron los dioses  
que fuera Troya  
(que no fuera  
más)  
para que los aedos pudiesen cantar  
su desastrado final?<sup>150</sup>

Ulises pidió disculpas,  
de nuevo puso en los cuernos de la luna  
el trabajo de los aedos (le parecía  
delicioso)<sup>151</sup>,

---

<sup>149</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 469 – 542.

<sup>150</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 579 – 580.

<sup>151</sup> Homero, *Odisea*, IX, 1 – 11.

es que me toca,  
su materia,  
muy cerca,  
dijo,  
y descubrió  
quién era, y cuánto  
era.

## Femio Terpíada

Falta en Ítaca  
su señor,  
y los infanzones de todas las islas de la región  
rodean con su baba  
su casa,  
y a Penélope,  
gastan su hacienda y sus criadas  
peores,  
emplean a Medonte, su heraldo,  
y a sus dos trinchadores,  
y a su aedo  
asalariado,  
Femio, el hijo de Terpío.<sup>152</sup>

En el patio del alcázar, Femio Terpíada cantaba  
para entretener a los galanes  
los *regresos*  
malhadados  
de los aqueos  
(el de Ulises  
no, que no lo sabía).  
Penélope salió de sus habitaciones, en el piso de arriba,  
se asomó,  
acompañada de dos criadas,  
velada,  
llorona,

---

<sup>152</sup> Homero, *Odisea*, XVI, 252 – 253; Homero, *Odisea*, XXII, 330 – 331.

mira,  
aedo,  
sabes las gestas de los brutos más o menos antiguos,  
y las *historias* grotescas de los dioses,  
di,  
entonces,  
alguna de ellas,  
y no estas otras, de extravíos  
y naufragios  
y traiciones,  
que adelantan,  
quizás,  
el destino dudoso de mi marido.  
Telémaco la riñó,  
anda,  
mamá,  
enciérrate en tus cuartos,  
vuelve a la rueca,  
que somos los varones los dueños de la palabra,  
y, si Femio nos enseña cómo volvió (cómo no volvió) éste,  
o éste,  
de Troya,  
lo hace porque es comedia  
nueva,  
que distrae.<sup>153</sup>

Ulises hizo carnicería entre los pretendientes, y luego  
inquisición  
de las lealtades de sus empleados.  
Mandará que cuelguen de una cuerda  
marinera  
a las doce criadas que desahogaban  
la gana  
de los galanes<sup>154</sup>,

---

<sup>153</sup> Homero, *Odisea*, I, 325 – 359.

<sup>154</sup> Homero, *Odisea*, XXII, 390 – 473.

y que a Melantio, el insolente cabrero, le corten las narices  
y las orejas  
y los compañones (y que arrojen éstos  
a los perros),  
y los brazos  
y las piernas<sup>155</sup>,  
y a Leodes, que descubría, o fabricaba, sus futuros  
mirando en las entrañas de los animales,  
lo degolló.<sup>156</sup> Vio entonces, torpemente escondido,  
lleno de miedo,  
a Femio,  
y, acordándose de que había acariciado con sus musicales dones  
las tardes de los malos infantes,  
levantó la espada. El aedo se abrazó a sus rodillas, todo  
lo hice,  
mi señor,  
forzado,  
dijo,  
y Telémoco lo defendió.<sup>157</sup>

Ulises bajó  
la espada,  
usaría al aedo.

Ojo que cuando se enteren los parientes de los príncipes  
de su matanza  
querrán vengarse  
enseguida,  
ahora, mientras nos armamos, cerraremos el palacio,  
y Femio, tañendo la cítara, cantará  
un himeneo,  
y las mujeres bailarán haciendo mucho ruido,

---

<sup>155</sup> Homero, *Odisea*, XXII, 474 – 478.

<sup>156</sup> Homero, *Odisea*, XXII, 310 – 329.

<sup>157</sup> Homero, *Odisea*, I, 149 – 155; XXII, 330 – 358.

y fingiremos,  
con eso,  
que Penélope ha escogido, por fin, marido,  
y celebra sus bodas  
(¿reales?).<sup>158</sup>

Todavía sale Femio Terpíada, al lado de Medonte, el heraldo,  
se han juntado en la plaza los padres  
y los hermanos  
menores  
y casados  
y los primos  
de los galanes  
(ya han recogido sus cuerpos),  
amenazaban a Ulises,  
que fue su rey en mala  
hora,  
pues perdió las doce naves, con toda su marinería,  
y ha terminado ahora a nuestros infantes,  
llegaron en eso el aedo y el heraldo, quitándose las legañas  
del sueño  
y del horror,  
algo descansados,  
Medonte les avisó,  
considerad que he visto, junto a mi amo, al dios  
de su guarda,  
que lo favorecerá  
aún.<sup>159</sup>

---

<sup>158</sup> Homero, *Odisea*, XXIII, 129 – 151.

<sup>159</sup> Homero, *Odisea*, XXIV, 439 – 441.



## batiburrillo del prólogo

en el principio (en este  
otro principio,  
que rimó un zagal tocado por las Musas) era  
el Caos: es,  
todo esto,  
entonces,  
el hijo muy accidentado de esa hora follona<sup>160</sup>

tampoco el *Génesis* dice la nada,  
antes,  
sino el *tobu-wa-*  
*bohu*, algo  
“desordenado  
y vacío”<sup>161</sup>  
que lapalabradediós,  
y su aliento  
hembra,  
fecundarán  
luego

---

<sup>160</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 117.

<sup>161</sup> *Génesis*, I, 2.



# hijos de un Cielo capón

Urano cubría a su madre, Gea,  
y cuando ésta echaba al mundo a sus hijos,  
los enterraba en su vientre.

De nuevo cubría Urano  
a Gea,  
pero esta vez Cronos, su hijo  
peor,  
armado de una hoz dentada,  
lo capó,  
y arrojó hacia atrás su celestial cojonería. La sangre  
cayó en el vientre terroso de la esposa, y nacieron,  
del estupendo barro,  
las Erinias,  
los Gigantes  
y las Ninfas Melias, con habitación,  
despacho  
e iglesuela  
dedicada  
en los fresnos.

La horchata de las dos chufas segadas llovió sobre el mar, hizo  
espuma,  
y salió de ésta,  
Afrodita.<sup>162</sup>

---

<sup>162</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 155 – 207.



## amores de Ares y Afrodita

nació Hefesto, de Zeus  
y Hera,  
rengo,  
y su madre,  
avergonzada,  
lo arrojó a los abismos

criado  
aparte,  
el Cojitrancó puso herrería,  
y fabricó,  
para vengarse de que Hera lo desahijara,  
una sillita de oro,  
con ataduras invisibles,  
que le regaló

Hera,  
al sentarse,  
quedó atrapada: su hijo  
visitó el Cielo montado en un asno, dijo,  
te soltaré  
sólo  
después de que me concediesen la mano de Afrodita

malcasada, la venérea dama tuvo amigo  
furtivo,  
Ares

el Sol los espió, y se chivó al marido: el cornudo  
rodeó el lecho matrimonial de cuerdas invisibles, publicó  
que se iba de viaje, los amantes  
se citaron,  
y quedaron prisioneros, como encelados pardalicos; los dioses  
macho  
acudieron al ruido,

se cachondeaban; las diosas,  
por pudor,  
no entraron,  
se sonrojaban  
(se sonreían)

Platón encontró a Homero, porque contara todas estas cosas,  
aborrecible,  
y,  
detrás de él,  
a todos los poetas, y a todos,  
a todos, los desterraría de su República ideal  
y mojigata<sup>163</sup>

---

<sup>163</sup> Homero, *Odisea*, VIII, 266 – 369.

## Bodas de Cadmo y Harmonía

Harmonía dicen que nació de los amores  
con escándalo  
de Marte  
y Venus, dicen  
que fue hija de Zeus  
y Electra

casó con Cadmo, el alcalde de Tebas, en bodas  
que fueron sonadas,  
pues sólo a ellas asistieron los dioses,  
y regalaron mucho a los novios, e hicieron  
sus camareros,  
también  
porque Yasión,  
el hermano más o menos seguro de Harmonía,  
se apartó con la diosa cereal a un campo de pan,  
y se unió a ella,  
engendrando a Plutón,  
para que gobernase el Hades e hinchase  
la tierra  
de frutos  
(Zeus castigó el traspaso de Yasión fulminándolo con un rayo,  
o espantando sus caballos,  
que lo despedazaran)



## (Palas) Atenea (I)

Metis, hija del Océano, fue el primer amor de Zeus,  
la chica de su verano  
mejor.

Él (Él,  
Él) la persiguió echando baba,  
el cipote hinchado,  
y ella lo esquivaba mudándose en esto  
o en aquello,  
hasta que en su última metamorfosis la cazó  
y la montó  
y la preñó.

La Tierra y el Cielo lo visitaron, agoreros.

--Su amiga carga, señor, niña  
en el vientre,  
pero a la otra le nacerá un hijo varón,  
y mucho ojo, ojo-- le advertía la Tierra.

--Mire lo que hizo el Tiempo,  
mi hijo bien amado,  
conmigo--,  
aviso el Cielo, señalándose el escroto  
vaciado.

--Huy --dijo Zeus,  
cogiéndose con aprensión sus fenomenales gemelos,  
y se tragó a Metis sin masticar,  
con el cuidado que pone uno cuando comulga.

Una migraña le anunció el parto.  
Vino el Herrero cojeando,  
o Prometeo,  
y de un hachazo le abrió la cabeza.  
Salió Atenea,  
los ojos verdes,  
o garzos,  
armada,  
con ganas de jaleo,  
lanzando su grito de guerra, “¡ololú,  
ololú!”.  
Cayó en el lago Tritón, en Libia,  
y la criaron sus tres ninfas tutelares.

Sólo a Atenea,  
¿ves?,  
la parió su padre con dolor de madre.

## (Palas) Atenea (II)

A este Palas volador,  
gigante  
y cabrón,  
le apeteció montar a su hija Atenea.  
La brava no se dejó.  
Mató al viejo sátiro,  
lo desolló,  
se puso su cuero peludo de delantal  
(la égida, tan repetida),  
y luego se calzó las alas en los tobillos y se tituló  
con su apellido.  
Y quedó tarada para siempre,  
virgen cabezona  
y virago.

Se acompaña la diosa  
de la lechuza. Lechuzas  
se volvieron Nictímena y Harpálice,  
después de que conociesen carnalmente a sus padres  
sin querer,  
y Atenea, acaso porque tuvo que defender su entereza  
de la gana desatada del suyo,  
fue su hada madrina.<sup>164</sup>

---

<sup>164</sup> Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, III, 23; Juan Tzetzes, *Escolios sobre Licofrón*, 355.



## del Paladio

en Libia Atenea  
se criaba en los cuarteles de vírgenes  
escopeteras  
con Palas, la hija del río Tritón, una muchacha  
de su quinta, a la que amaba  
mucho,  
y una tarde,  
mientras ensayaban sus armas en la palestra,  
la mató  
sin querer

tanto la echaba de menos que gastaría,  
desde ahora,  
su nombre  
delante del suyo,  
y mandó que fabricasen una imagen que la repitiese,  
y la subió al Olimpo, y fue  
el Paladio

pues después de que Zeus violara a Electra ésta  
se acogió a su sagrado,  
pero el follón,  
montando en aquellas cóleras que lo desordenaban,  
arrojó el Paladio al mundo, y fue a caer  
en la Tróade,  
y don Ilo, su señor,  
ordenó que levantasen un templo para él,  
y,  
a su alrededor,  
por que fuera su santo patrón,  
la ciudad  
con mala pata  
que lleva su apellido

es el Paladio mueble des-  
astrado, caído  
del cielo,  
y profiláctico,  
y guardaría a Ilión mientras tuviera habitación,  
y capilla,  
en sus altos<sup>165</sup>

---

<sup>165</sup> Apolodoro, *Biblioteca*, III, 144 ss.; Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 14, 6; Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, IV, 180; Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, IV, 1310.

## Ganímedes, camarero demasiado familiar de Zeus

Zeus ponía el culo (los cándidos,  
sedosos  
rizos  
de sus puertas!)  
en pompa,  
guiaba el dedo donaireo de este otro príncipe de Troya, su  
copero  
más o menos forzado,  
lo acompañaba un poco, le decía,  
con voz de barítono, ordéñame  
la divina  
próstata,  
que chorrease néctar  
y quina-san-clemente,  
y te pondré pisito  
en el cielo,  
la constelación del Aguador



nombres que dan a todo esto los dioses  
y los hombres,  
según

hubo, érase  
una vez,  
un *Vocabulario* juntado en el Cielo, que usaban  
los que tenían habitaciones, y patio  
de recreo,  
en él,  
y repetía las cosas del mundo,  
y Homero conocía algunas de sus voces,  
y las publicó en la *Iliada*, dando  
su traducción a nuestro romance acabable  
y mezquino,  
y,  
así,  
dijo,  
llaman los dioses Briáreo al Gigante Centímano, y todos los  
hombres

Egeón<sup>166</sup>,  
y Tumba de Mirina, la capitana de las amazonas,  
a la colina que nosotros decimos Batiea<sup>167</sup>,  
y *calcis* al pájaro cantor  
y montesino  
al que los mortales titulan *cymindis*<sup>168</sup>,  
y Janto  
a nuestro Escamandro, río  
de la Tróade<sup>169</sup>

---

<sup>166</sup> Homero, *Iliada*, I, 402 – 404.

<sup>167</sup> Homero, *Iliada*, II, 811 – 814.

<sup>168</sup> Homero, *Iliada*, XIV, 290 – 291.

<sup>169</sup> Homero, *Iliada*, XX, 73 – 74.

también en la *Odisea* descubre el poeta dos palabras divinas,  
pero de éstas no descubre, o ignora, su traslación terrenal,  
el *molu*, la planta  
profiláctica  
que enseñó Mercurio  
a Ulises  
para que se guardase de los hechizos de Circe<sup>170</sup>,  
y los Peñascos Errabundos que habría de salvar para continuar  
su novela<sup>171</sup>

sólo aquel idioma misterioso (su lexicón,  
su gramática)  
servía para contarnos cabalmente,  
y lo hemos ido perdiendo,  
y uno hace,  
con el pobre dialecto que maneja,  
lo que puede,  
esto

---

<sup>170</sup> Homero, *Odisea*, X, 302 – 306.

<sup>171</sup> Homero, *Odisea*, XII, 58 – 61.

## abolorio de los Centauros

supo Zeus (todo  
lo sabe)

que Ixión, rey de los lapitas, apetecía a su esposa, Hera,  
y ha fabricado, por darle perra  
muerta, una ninfa-  
nube,  
Néfele,  
que la repite

Ixión se entró en Néfele,  
y la preñó,  
y la gaseosa ninfa, en parto  
aborrascado,  
echó al mundo un monstruo al que llamó Centauro,  
y lo crió en la sierra del Pelión,  
y éste,  
cuando barbó,  
dio en montar a las yeguas que cerdeaban en las soledades  
magnesias,  
y empezó menudo haberío, aquellos brutos  
famosos, mitad  
gente,  
mitad caballo,  
que recibieron de él su apellido  
y sus apetitos,  
y seguirían a Dioniso en su cortejo cachondo<sup>172</sup>

---

<sup>172</sup> Píndaro, *Oda Pítica*, II, 33 ss.; Apolodoro, *Epítomes*, I, 20; Diodoro Sículo, *Biblioteca de la Historia*, IV, 69, 4; Filóstrato el Viejo, *Imágenes*, II, 3; Higino, *Fábulas*, LXII; Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, III, 20.



## bodas de Pirítoo e Hipodamía

como Pirítoo era su hermanastro, o Hipodamía  
prima segunda suya,  
invitaron a los Centauros a sus bodas, también  
por que fueran  
famosas,  
y las contásemos  
aún

el vino descompuso a los mezclados monstruos,  
encelándolos,  
y buscaron violar a la novia, y a sus damas  
camareras,  
y a los muchachos imberbes,  
y los lapitas los combatieron  
y desbarataron



## eran mejores antes

Porque Apolo y Latona le habían matado,  
picados,  
a todos sus tíos, y fueran  
trece,  
ahora concedieron a Néstor que juntase en su vida todas las  
horas sumadas que habrían vivido éstos.<sup>173</sup> Era,  
por eso, viejo,  
viejo,  
en Troya,  
y sus muchos años (sus alargados días) le servían de autoridad.

Ahora,  
delante de Ilión,  
asistía al ruido que movían Agamenón, el Generalísimo,  
y Aquiles,  
por lo de Criseida,  
y los riñe,  
eran,  
mejores,  
desde luego,  
antes,  
Pirítoo,  
digo,  
y Driante, Gran Capitán,  
y Ceneo,  
y Exadio,  
y Polifemo,  
y Teseo,  
derrotaron, ahí es nada, a los Centauros,  
y parecían divinos.<sup>174</sup>

---

<sup>173</sup> Higino, *Fábulas*, IX y X; Homero, *Ilíada*, I, 250 – 252.

<sup>174</sup> Homero, *Ilíada*, I, 260 – 273.

Juzgó,  
entonces,  
**Néstor**,  
aquella reyerta de aquellas otras bodas de sangre,  
entre lapitas  
y monstruos mezclados,  
una gesta mayor que la que habían empezado los aqueos para  
que se terminase Troya,  
rebajando mucho a sus héroes,  
los “semidioses”,  
anteriores al hierro,  
a los que celebraba Hesíodo.<sup>175</sup>

Néstor,  
creo yo,  
chocheaba.

---

<sup>175</sup> Hesíodo, *Trabajos y días*, 156 – 173.

dueñas  
a las que saludó Ulises en el Infierno  
prólogo

Arbolaron la nave,  
izaron las velas,  
y dejaron,  
siguiendo las indicaciones de Circe,  
que el septentrión los llevase hasta el final del océano,  
hasta el país brumoso de los cimerios,  
hasta la playa vestida de chopos y sauces,  
hasta el lugar donde el Piriflegetón y el Estigia, ríos  
horrorosos,  
desembocan en el Aqueronte.<sup>176</sup>

Buscaba  
a Tiresias,  
para que lo enterase de sus suertes más o menos seguras.  
Siguiendo las instrucciones de Circe, la Maga,  
cavó un hoyo que tuviera un codo por cada parte,  
y ofreció una libación a la comunidad de los muertos,  
derramando, primero, leche con miel, luego,  
vino arropado,  
luego aún, agua clara,  
y esparciendo harina sobre la mezcla.  
Les rezó  
después.  
Prometió que inmolaría para ellos,  
cuando regresase  
a casa,  
una vaca cerrada, la mejor de sus establos,  
y que apartaría, para el ciego, un carnero  
de negro tusón, el más espléndido de su grey.

---

<sup>176</sup> Homero, *Odisea*, X, 505 – 515; XI, 9 – 22.

Renovó sus votos.  
Degolló un cordero negro, y una oveja negra, sobre el hoyo,  
corrió la sangre,  
y acudieron,  
a su ruido,  
y a su olor,  
todos los muertos del mundo, saliendo del Erebo.  
Mandó entonces a sus compañeros que desollasen las reses,  
y las quemaren, dijo una oración al rey del Infierno,  
y otra a su señora,  
y desenvainó la espada para estorbar a los fantasmas que se  
abrevasen.

Vino  
primero  
el alma de Elpénor, con una espinita,  
que quedaba,  
descalabrado,  
pudriéndose,  
en el patio del alcázar de Circe,  
y le pedía que cuando regresase a la isla de Eea quemase su  
cadáver  
con sus armas,  
y levantase un túmulo en la playa,  
y plantase en él el remo que solía empuñar,  
marinero.

Ahora se llegó,  
la segunda,  
su madre.  
Ulises lloró su muerte, que conocía  
ahora,  
pero no dejó que aliviase su sed en el charco de sangre caliente,  
pues la primicia,  
se lo había advertido esta otra Maga,  
debía ser para el profeta.

Apareció por fin, el tercero, Tiresias, y Ulises  
bajó la espada.  
El ciego bebió,  
eructó, dijo  
lo que dijo, se fue.

Pudo hablar luego con mamá,  
que le contó algunas cosas y le escondió otras.  
Ulises, sollozando, quiso entonces abrazarla,  
y lo intentó las tres veces de las fabliellas,  
y no pudo.

Quiso  
ahora  
que se arrimasen los espíritus de las mujeres famosas,  
por turnos,  
y,  
como no resumiesen para él antes sus *vidas* en letra bastardilla  
no dejaría que saciaran su sed.

Es que el Infierno le parece a Ulises una Biblioteca  
arruinada,  
que encierra las *historias* de las sombras de un mundo que se  
acaba.

## Tiro

tenía Tiro, aunque sus *vidas* más meapilas lo disimulan,  
marido,

pero andaba chocha detrás del río Enipeo,  
y continuamente paseaba sus márgenes, llorica  
y descalza,  
buscando que se aficionara a ella

mareó,  
sin embargo,  
con sus orilleras rondas,  
a Otro, de largas,  
verdinosas  
barbas: éste  
se entró,  
moviendo espuma,  
por la desembocadura del río,  
y se subió por él,  
y asumió su húmeda,  
corredora,  
dulce  
figura,  
y cubrió,  
debajo de ella,  
a la malcasada,  
dándole perro, o, por decirlo con mayor propiedad, pez  
muerto

después de vaciarse,  
el burlador se desembozó,  
y la saludó,  
alégrate,  
mujer,  
pues te traigo albricias, que has concebido,  
de ésta,

dos hijos de mucho,  
mellizos,  
y ahora te enteraré de mi nombre,  
que guardarás,  
secreto,  
en tu pecho,  
era,  
yo,  
donposeidón

y digo,  
el Ángel Gabriel,  
para decir su diálogo famoso en la comedia  
nueva, aquel *salve*,  
o avemaría,  
alégrate,  
muchacha,  
y no tengas miedo,  
que te cubrirá con su sombra  
fantástica  
y graciosísima  
Uno,  
y tendrás,  
de él,  
al hijodediós,  
y lo llamarás Jesús,  
¿ensayaría su *parte* leyendo estos versos de la *Iliada*?

## Antíope

Homero saca la gordura  
del cuento: Antíope, hija  
de Asopo,  
el río que separa la Tebaida y la Plateida,  
se tiraba el moco de que había tocado cielos, mirad,  
yo encontré descanso,  
y otras delicias,  
en los brazos de Zeus,  
y tuve de él gemelos, Zeto  
y Anfión,  
que empezaron Tebas, la ciudad de las siete puertas,  
y la ciñeron de murallas<sup>177</sup>

otros la rebajan de ninfa, y le dan padre  
mortal,  
y tiquismiquis,  
Nicteo: Antíope,  
deshonrada por Zeus,  
huyó de la cólera melindrosa de papá,  
y encontró puerto no muy seguro en Epopeo,  
o Épafo,  
que casó con ella<sup>178</sup>

otros  
aún  
prefieren que la seduzca Épafo: su esposo,  
Lico,  
la repudió:  
sólo  
ahora, quitada  
del amigo  
y de su marido becerro,

---

<sup>177</sup> Homero, *Odisea*, XI, 260 – 265.

<sup>178</sup> Apolodoro, *Biblioteca*, III, 5, 5; Higino, *Fábulas*, VIII, citando una tragedia perdida de Eurípides que reescribió Enio.

doble viuda figurada,  
la conocería Zeus<sup>179</sup>

en lo que toca a los apellidos  
dudosísimos  
de sus hijos,  
Pausanias cita unos versos de Asio que hacen a Antíope  
“embarazada de Zeus  
y de Epopeo, pastor de pueblos”<sup>180</sup>

pero aquel Zeus  
teatral,  
que gustaba tanto de arlequinadas,  
no pudo arrimarse a Antíope en majestad:  
Nono de Panópolis, en sus *Dionisiacas*,  
y las *Pseudoclementinas*,  
supieron,  
o inventaron,  
que la montó debajo de la figura  
montesina  
y cachonda  
de un sátiro<sup>181</sup>

---

<sup>179</sup> Higino, *Fábulas*, VIII.

<sup>180</sup> Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, VI, 1 – 4.

<sup>181</sup> Nono, *Dionisiaca*, VII, 110 ss.; XVI, 240 ss; XXXIII, 301 ss.; Pseudo-Clemente, *Reconocimientos*, X, 22.

## Alcímene

Zeus visitó a Alcímene debajo de la capa de su marido, Anfitrión,

que andaba por ahí de soldadito,  
y mandó a Helio que enfriase sus calderas,  
y no asomase  
aún,  
y a las Horas que desunciesen su carro,  
por doblar las de su noche de bodas,  
que,  
para empezar a su hijo forzudo,  
aquel Hércules,  
había que faenar largo  
y despacio

Anfitrión regresó a la otra tarde,  
y su esposa lo recibió indiferente, tanto  
que el marido celó, y ella,  
cayendo  
en el cuento  
de su engaño,  
se lo descubrió:  
no protestaron,  
por no enfadar al todopoderoso cabrón,  
y Alcmena dio a luz gemelos, y a éste, mortal,  
llamaron Ificles,  
y ayudó a su hermano mejor,  
o peor,  
con sus trabajos famosos

## Mégara

Juno estorbó siempre con saña que prosperase el bastardo más famoso de su marido follón,  
y en ésta lo ha tarado, y Hércules,  
confundido,  
arrojó al fuego a los hijos que tuviera con Mégara<sup>182</sup>

---

<sup>182</sup> Apolodoro, *Biblioteca*, IV, 12; Higino, *Fábulas*, XXXI – XXXIII; CCXLI.

## Epicasta

Ulisses vio  
después  
a Epicasta, que casó con aquel forastero,  
Edipo,  
que había remediado a la ciudad matando a la Quimera que la  
apestaba,  
y que,  
cuando la enteraron de que fuera su hijo,  
y había dado muerte a su marido  
primero, el rey de Tebas,  
se ahorcó

su mala sombra (como acostumbran las de las madres) cansó a  
su viudo

y huérfano  
nuevo<sup>183</sup>

---

<sup>183</sup> Homero, *Odisea*, 271 – 280.

## Cloris

Cloris sólo importa a Ulises porque fue hija de Anfión, rey de Orcómeno, señor de los minias,  
y esposa de Neleo,  
y madre,  
con éste,  
de tres chicos y una chica, Pero,  
cuyas difíciles bodas con un brujo dice el dudosísimo héroe más  
despacio<sup>184</sup>

---

<sup>184</sup> Homero, *Odisea*, 281 – 297.

## Leda

entra  
ahora  
Leda,  
y la resume como madre, con Tindáreo, de los dos gemelos  
chicos,  
Cástor  
y Pólux,  
que se turnan en el cielo  
y en el Hades  
(es fuero otorgado por Zeus),  
y no dice a Clitemnestra, que les salió borde,  
ni lo que tuvo con dondiós de pájaro,  
de donde arrojó al mundo, pío  
pío,  
a Helena<sup>185</sup>

---

<sup>185</sup> Homero, *Odisea*, 298 – 304.

## Ifimedia

Ifimedia, malcasada, gustaba de sacar a plaza sus amores con Poseidón: de aquellos caldos espumosos salieron, ¿los veis?, mis dos chicotes, Oto y Efialtes: éstos, que llaman, con poca propiedad, Alóadas, eran gigantes y guapos, y pagaron su demasiado atrevimiento (movían guerra contra el Olimpo) y no llegaron a barbear<sup>186</sup>

---

<sup>186</sup> Homero, *Odisea*, 305 – 320.

“Fedra y Procris vinieron después,  
y la bella Ariadna...”

Entran  
ahora  
juntas  
tres dueñas que tienen que ver con la Casa de Minos: de Fedra,  
que apeteció a su hijastro y,  
cuando éste,  
asqueroso,  
no se dejó,  
buscó su muerte,  
y de Procris,  
que fue amiga  
secreta  
del rey de Creta,  
sólo apunta los nombres;  
a propósito de la historia de Ariadna corrige la mezquindad de  
Teseo,  
pues dice que había estorbado que se la llevase consigo a Atenas  
Dioniso,  
cuando, por celos, pidió a Artemisa que la terminase en la isla  
de Día,  
donde habían gozado sus bodas los huidos<sup>187</sup>

---

<sup>187</sup> Homero, *Odisea*, 321 – 325.

“Luego a Mera y a Clímena vi y a la torva  
Erifila...”

“Luego a Mera y a Clímena vi y a la torva Erifila,  
que por oro vendió a su marido poniéndole precio.”<sup>188</sup>

Ulises sólo dice su nombre, pero Pausanias entendió que fuera la Atlántide,

que tiene dos sepulturas en la Arcadia, una  
en Mantinea,  
la otra entre los tegeatas,  
y vale, en el cielo, la perra de Sirio<sup>189</sup>

Clímena importa algo porque es hija de Minia, rey de Orcómeno,  
y abuela de Jasón

Erifila arreó a su marido, Anfiarao,  
para que formara parte de la expedición de los Siete contra  
Tebas,  
aunque sabía que lo acabarían,  
porque le regalaron el collar de Harmonía<sup>190</sup>

---

<sup>188</sup> Homero, *Odisea*, XI, 326 – 327.

<sup>189</sup> Pausanias, *Descripción de Grecia*, VIII, 12, 7; VIII, 48, 6.

<sup>190</sup> Homero, *Odisea*, XV, 248 y XI, 326; Apolodoro, *Biblioteca*, I, 9, 13; III, 6, 2; 7, 5; Pausanias, V, 17, 4; Higino, *Fábulas*, 73.

## “Imposible de todas contar...”

Ulises,  
agotado,  
se rindió:

“Imposible de todas contar ni nombrar una a una a las hijas y esposas que vi de famosos varones: acabárase antes la noche inmortal y ya es hora de dormir, bien aquí, bien marchando a la nave. Cuidado de los dioses y vuestrros será preparar mi partida.”<sup>191</sup>

---

<sup>191</sup> Homero, *Odisea*, XI, 328 – 332.

troilos, crésidas, etc.

troilos primeros

Un troilo dudable y golfo

Fue drama  
de honra.

Viene Hesíodo de derrotar a Homero en un duelo de musicales hexámetros muy publicado, y se escondía ahora de su última suerte en la casa de Feges, en Énoe, en la Lócrida. Lo acompañaba este Troilo (¿o Demodes?: los textos vacilan al registrar su nombre) que fue torpísimo donjuán y, disimulándose debajo de la capa y el título del aedo famoso, daría, digo yo, perro muerto a la hija de su anfitrión. Para desafrentarla, los hermanos de la muchacha burlada asesinaron a sus dos huéspedes.<sup>192</sup>

Este Troilo  
no  
(parece espurio).

---

<sup>192</sup> En el *Hesíodo* de Eratóstenes. “Hesíodo”, *Certamen*, 220 – 255.

su gracia

Troilo tiene el nombre patritero,  
¿no? Han dicho que encierra, dentro de él, a Tros  
y a Ilos,  
reyes que dieron su doble título a la ciudad  
fadada  
y la empezaron  
en dos veces.<sup>193</sup>

O es mote cariñoso, *pet name*, diminutivo que traducirían, en el churro  
de Alborache,  
el pueblo de mimamá,  
Troyico.

---

<sup>193</sup> Homero, *Ilíada*, XX, 208 – 240; Apolodoro, *Biblioteca*, III, 12, 2 – 3.

## Hidequé

En *ca*  
Homero  
Príamo, señor de Troya,  
lo cita entre sus tres hijos  
de ley  
mejores,  
los caídos.<sup>194</sup>

Higino,  
fabulador,  
da mezclados todos los hijos, los varones  
con las hembras,  
bastardos y de derecho,  
de Príamo,  
y Troilo hace el número veintiocho, en el medio  
exacto  
de los cincuenta y cinco del padrón.<sup>195</sup>

Apolodoro,  
en su *Biblioteca*,  
hace el censo de los hijos y las hijas que Hécuba dio a su marido,  
el rey de Troya,  
y aparta  
a Troilo. Troilo es  
su pequeño,  
su hijodeputa divino (su hijo natural  
y maravilloso),  
que lo concibiera de Apolo.<sup>196</sup>

---

<sup>194</sup> Homero, *Ilíada*, XXIV, 257.

<sup>195</sup> Higino, *Fábulas*, XC, 3.

<sup>196</sup> Apolodoro, *Biblioteca*, III, 12, 5.

## muchacho

Las *Mocedades* suelen servir de prólogo falsificado a las hazañas del héroe, hacen

su “precuela”.

Menos con Troilo. Porque murió

en su botón

no tiene más cuento que el de sus años primeros.

Sófocles resume a Troilo, en la tragedia que titula, como “*andropais*”, “hombreniño”.<sup>197</sup>

Cassandra llora el final

desastrado

de su hermano Troilo, “cachorro de león”.<sup>198</sup>

Eneas contempla, en el palacio

ilustrado

de Dido,

la muerte de Troilo, “*niño*”, o “*muchacho*”, “infeliz” (“*infelix puer*”).<sup>199</sup>

Horacio supo las cabezonas lágrimas que derramaban sus padres y sus hermanas por Troilo, (es que

ay, no pubescía

aún).<sup>200</sup>

Y sí, el Troilo que pinta en la cerámica es casi siempre pollo, carilampiño.

---

<sup>197</sup> Sófocles, *Troilo*, Fragmento 619.

<sup>198</sup> Licofrón, *Alejandra*, 307 – 313.

<sup>199</sup> Virgilio: *Eneida*, I, 474 – 478.

<sup>200</sup> “*inpubem* (...) Troilon”. Horacio, *Odas*, II, IX, 13 – 16.

## puso Homero

Aquiles ha matado a Héctor, y ahora  
Príamo, el rey  
viejo,  
subía a una carreta mulera la ropa,  
los diez talentos de oro,  
los trípodes y los calderos de bronce.  
Con aquel tesoro intentaría rescatar su cadáver  
estropiado.

Antes de arrear riñó a Heleno,  
a Paris,  
a Agatón,  
a Pammón,  
a Antífono,  
a Polites,  
a Deífobo,  
a Hipótoo,  
a Dío.

--De los doce hijos que engendré en Hécuba me quedáis nueve,  
y ninguno  
cabal.

Me viven los mentirosos,  
los bailarines,  
los mujeriegos,  
los atajaganados.

En la ruidosa defensa de Troya he perdido a Méstor (era  
divino),  
y a Troilo, que hallaba placer en la equitación<sup>201</sup>,  
y a Héctor,  
mi mayor (todos vosotros  
juntos  
no valéis tanto como él).

---

<sup>201</sup> De las dos maneras traducen “Trôilon hippiocharmên...”

Éste es el Troilo homérico,  
autorizado:  
fue cid caballero, o cochero, y difunto  
adelantado,  
de los que se ahorraron tener que ver el final de Troya,  
uno de sus tres príncipes  
bravos.<sup>202</sup>

En una especie de nota  
a pie  
de página  
de estos versos de Homero  
Calímaco rimó al rey en la ciudad rodeada,  
lagrimeando por la perdida de su hijo Troilo.<sup>203</sup>

---

<sup>202</sup> Homero, *Ilíada*, XXIV, 257.

<sup>203</sup> Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, I, XXXIX, cita a Calímaco entre paréntesis: “(quamquam non male ait Callimachus molto saepius lacrimasse Priamum quam Troilum)”.

muertes más o menos cobardes  
y viciosas que le dio Aquiles

*turbias*

La hija de Homero sacó del arca donde guardaba su dote  
un libro (pero papá no sabe  
la escritura),  
la *Cypria*.<sup>204</sup>

Era el primero de los ocho poemas que contaban el final de  
Troya,

y servía de prólogo a la *Ilíada*.

Aquiles ha dado muerte a Cicno, el hijo de Poseidón,  
ha querido visitar, secreto, a Elena,  
ha vaciado las cuadras y los establos y los corrales de Eneas,  
ha saqueado la Tróade,  
ha asesinado (el verbo que usa, “phoneuei”, apunta violencias  
inconcretas,  
torcimiento,  
engaño)  
a Troilo.<sup>205</sup>

Higino cita a Aquiles entre los hombres que mataron a algún  
hijo de mucho (lo digo,  
dice,  
por Troilo).<sup>206</sup>

---

<sup>204</sup> Según Juan Tzetzes (s. XII), *Quiládas*, o *Libro de historias*, XIII, 638.

<sup>205</sup> *Cypria*. Fragmento 1.

<sup>206</sup> Higino, *Fábulas*, CXIII, 3.

## batallador

En estas versiones de su final Troilo muere midiendo armas  
poco equilibradas  
con Aquiles.

Virgilio lo trae por menudo. Dido,  
dice,  
mandó que historiasen la guerra de Troya en las paredes del  
templo africano que había edificado para la diosa Juno. Ahí  
Eneas pudo repasar sus pérdidas  
y,  
acaso,  
su cobardía.  
Uno de los murales representaba la accidentada hora  
última  
de Troilo, “muchacho  
infeliz”, en varias viñetas  
*gore*.  
Mira aquí a Troilo: huye  
desarmado  
de Aquiles (sería desigual,  
“impar”,  
el duelo). Mira a Troilo  
en la siguiente: lo arrastran sus propios caballos,  
detrás del carro vaciado,  
va cogido aún de las riendas, va  
boca arriba,  
barriendo la tierra con su cabellera,  
su lanza invertida (¿o la pica de su enemigo, que lo atraviesa?)  
escribe algo en el suelo, y sería,  
tal vez,  
su suerte.  
La desdichada reina de Cartago oiría el cuento a algún  
romancero que conservaba aún la tradición homérica del Troilo  
auriga,

derrotado  
a las primeras.<sup>207</sup>

En los teatros romanos Casandra va a desesperarse,  
y se dirige a la mala sombra de su hermano, “a ti te sigo,  
que demasiado pronto combatiste a Aquiles,  
Troilo”.<sup>208</sup>

Durante los juegos funerales por Aquiles,  
instituidos por Tetis, su madre  
maravillosa,  
Néstor elogió las gestas del capitán de mirmidores, dio  
muerte,  
por ejemplo,  
al “admirable Troilo”.  
En aquellos deportes Teucro ganó  
de la diosa,  
con el arco,  
las armas magníficas de Troilo.

Parecía  
éste  
dios,  
y fue el príncipe más sobresaliente de la sagrada Troya,  
y hermosísimo,  
pero Aquiles lo acabó cuando se empezaba,  
ni barbeaba, ni había conocido  
mujer,  
y salió a pelear cuando la edad lo hacía demasiado atrevido,  
imprudente.<sup>209</sup>

En una copa que decoró Oltos Troilo,  
puesta una rodilla en el suelo,  
intenta desenvainar su espada,

---

<sup>207</sup> Virgilio: *Eneida*, I, 474 – 478.

<sup>208</sup> “...te sequor, nimium cito / congresse Achilli Troile.” (Séneca, *Agamenón*, 747 – 748)

<sup>209</sup> Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, IV, 155 ss.; 417 ss.

pero ya le atraviesa el pecho la pica de Aquiles. Lleva  
yelmo,  
pero trae la visera descubierta,  
y podemos ver su rostro,  
de lindo.

En este texto imposible de Ausonio el chavalote escribe su propio epitafio,

“aunque no era su igual en vigor,  
ni contaba, como él, con el socorro de los dioses,  
yo,  
Troilo,  
peleé con el violento Eácida,  
y, arrastrado hasta la muerte por mi carro de caballos,  
igualo en honores con mi hermano Héctor,  
cuyo ejemplo aligera mis trabajos.”<sup>210</sup>

En casi todos estos sitios Aquiles mata a Troilo en duelo singular,

y con ventajas  
vergonzosas  
que lo mancillan.

---

<sup>210</sup> “Hectore prostrato nec dis nec viribus aequis / congressus saevo Troilus Aeacidae, / raptatus bigis fratris coniungor honori / cuius ob exemplum nec mihi poena gravis.” (Ausonio, *Epitafios*, XIX)

## En el santuario de Apolo Timbreo

Busco en otros teatros,  
en otros libros,  
en los cacharros  
con tebeo.<sup>211</sup>

El escenario: extramuros,  
una fuente,  
o un pozo,  
en un jardín, lugar  
delicioso,  
o bien un pilón,  
no,  
el santuario de Apolo Timbreo, con un laurel, su palo  
santo.

Troilo entra  
caballero,  
y lleva,  
de las riendas,  
otro corcel.

Viene a abrevar a su potrada,  
o la ejercitaba. Viene  
a rezarle a su padre  
divino,  
a su patrono.

Viene desnudo,  
descuidado.

Un cuervo, pájaro  
apolíneo,  
bebe en la fuente,  
advirtiendo a Troilo de su inmediata estrella.

Entra (o lo esperaba  
emboscado)

Aquiles,

---

<sup>211</sup> Apolodoro, *Epítomes*, III, 32; Sófocles, *Troilo*, Fragmentos 619, 621 y 623; Primer Mitógrafo Vaticano, 210; Eustacio de Tesalónica, *Comentario de la Ilíada* (XXI, 257) de Homero, donde sigue el Escolio S-124257 a).

gigantesco,  
barbado,  
con armadura.

Derriba al muchacho de su montura,  
lo arrastra del pelo hasta el altar,  
lo degüella  
y (aquí  
calza  
coturnos)  
le corta las extremidades  
y se las ata debajo de las axilas,  
para estorbar que lo asombrase, desde ahora,  
su fantasma. Fue mutilación ritual,  
miedosa.

Alguna vez su hermana Polixena,  
que lo acompañaba,  
deja caer,  
horrorizada,  
el cántaro.

En otras lo miran, desde sus balcones celestiales,  
los dioses que importan en este cuento: Atenea,  
que procura la destrucción de Troya, satisfecha  
(se cumplía una de las condiciones para su caída),  
Tetis, la madre de Aquiles,  
preocupada; Apolo  
iracundo, vengará a su hijo,  
a su beato.

## Gay

Fue extremada,  
y muy famosa,  
y la usaban los poetas como espejo de otras,  
la belleza de Troilo.<sup>212</sup>

El efebo tentó a bujarrones más o menos divinos con su carita  
tan mona (oh  
so cute)  
y su culo duro  
y dulce.

Clemente,  
en sus *Homilías*,  
trae la lista de los dioses gentiles que cometieron el pecado  
nefando,  
y cita a Apolo, que gozó de muchos muchachos,  
y uno de sus pupilos  
fue Troilo.<sup>213</sup>

Aquí pintan, sobre el barro cocido, un gallo, aquí  
unas palomas,  
o tórtolas,  
y son los caramelos que Aquiles usó para tentar a Troilo.<sup>214</sup>

El gramático Servio escribió en los márgenes del pasaje de la *Eneida* que cuenta la muerte de Troilo esas palomas que Aquiles ofrece  
al chico.

---

<sup>212</sup> Ibico, *Policrates*, vv. 41 – 45; Dio Crisóstomo, *Discursos*, XXI, 17; Estacio, *Silvas*, II, VI, 32 – 33.

<sup>213</sup> Clemente, *Homilías*, V, XV, 145.

<sup>214</sup> Piero Botani (ed.), *The European Tragedy of Troilus*, Oxford, Clarendon Press, 1989, pág. 17).

Con ellas lo sedujo,  
y fue a montarlo,  
y lo estrechó con tanta fuerza entre sus brazos que se le murió  
(las costillas  
aplastadas,  
descolorido). Esto  
Virgilio,  
para no disfamar al héroe,  
lo calló.<sup>215</sup>

Casandra alucinada supo (pero nadie,  
nadie,  
puede creerla)  
la historia verdadera del final de Troilo,  
y la esconde en un texto  
cifrado.  
Ay de mí, lloro,  
también  
yo,  
por ti,  
flor nacida de la hermosura, dulce niña  
de los ojos  
de tu gente, cachorro  
de león,  
que mareaste sin querer con tus encantos al dragón,  
sufriste unos segundos vacíos de amor su lazo tremendo,  
y darás,  
en pago,  
tu cabeza,  
y te desangrarás sobre el altar de tu padre.<sup>216</sup>

---

<sup>215</sup> "...et veritas quidem [sin duda] hoc habet: Troili amore Achillem ductum palumbes ei quibus ille delectabatur obiecissem: quas cum vellet tenere, captus ab Achille in eius amplexibus periit. sed hoc quasi indignum heroo carmine mutavit poeta." (Mauro Servio Honorato, *Sobre la Eneida de Virgilio*, I, 474 – 478)

<sup>216</sup> Licofrón, *Alejandra*, 307 – 313.

## clave que cerraba la bóveda de Troya

Su nombre arrima, acaso, al topónimo  
Troya (“*Troie*”)  
el verbo “*λύo*” (significa  
“destruir”),  
avanzando, con ello, su doble  
mala  
suerte.

Lo escribieron en el suelo de la caverna de la Sibila de Cumas  
las hojas de los robles  
misteriosos.

Para que no fuera  
Troya  
(para desampararla)  
tendrían los aqueos que ganar los huesos de Pélope,  
y el socorro de Neoptólemo, el hijo de Aquiles,  
y el Paladio.<sup>217</sup>

Otros anotan otra condición. Troya  
no caerá  
como Troilo cumpliese los veinte años.<sup>218</sup>

Sí, entre las tres *fata* que defienden,  
profilácticas,  
la ciudad,  
la segunda era “la muerte de Troilo”.<sup>219</sup>

---

<sup>217</sup> Apolodoro, *Epítomes*, V, 10.

<sup>218</sup> *Primer Mitógrafo Vaticano*, I, 20.

<sup>219</sup> “Ilio tria fuisse audivi fata quae illi forent exitio: / signum ex arce si perisset; / alterum etiamst Troili mors; / tertium, cum portae Phrygiae limen superum scinderetur.” (Plauto, *Báquidas*, 953 – 955) También lo sabe Servio, *Sobre la Eneida*, II, 13, que añade a los plautinos otros tres.

## La cuestión de su letra inicial mezcladas

“Aquiles, enfadado por lo de **B**riseida...la hija del sacerdote Crises,  
no salía a pelear.”

(Apolodoro, *Epítomes* IV, 1)

Wagner, en sus comentarios, ya notó el follón  
de iniciales.

Rodaron las *historias* de Briseida y Criseida,  
y con los errores del escribano,  
del dictado  
o de la memoria  
terminaron liadas.

## menos en eso

Ovidio Nasón ha sido,  
primero,  
rufián,  
y quiere ahora, con este otro librito,  
remediar enamorados.  
Como te cansase,  
decía,  
algún amor gastado,  
deberías derrotarlo con uno nuevo,  
y en esa encrucijada se diluirán tus trabajos.  
Mira,  
por ejemplo,  
al Atrida, a Agamenón,  
digo,  
que quiso muchísimo a Criseida,  
su cautiva,  
hasta que se presentó su padre, *vejete* “odioso”  
y llorica,  
con su querella,  
que se la devolviera.  
También avisó Calcas al rey de que lo hiciera,  
que si no...

--Vale --se conformaba el caudillo aqueo--. Hay  
otra,  
que tiene “la forma  
próxima”  
a la de Criseida,  
y “el nombre idéntico”,  
si no fuera por “la primera sílaba”. La barragana de Aquiles,  
decía.  
Que me la conceda.<sup>220</sup>

---

<sup>220</sup> Ovidio, *Remedios de amor*, 462 - 487.

Apeteció,  
¿ves?  
Agamenón  
a Briseida  
por la vecindad de sus apariencias y por la curiosidad de esa  
inicial que las desemejaba.

## criseidas primeras

### “dorada”

A Astínome la conocemos,  
porque importó para su cuento,  
por su apellido paterno.  
Criseida quiere decir “la niña  
de oro”. Vendría  
de gente rubia, o forrada  
de dinero.

## Farmacéutica

Johannes Nicolaus Furichius publicó, el año 1631, una epopeya alquímica en cuatro libros<sup>221</sup>, y la titula *Criseida*, reinamaga que custodia la piedra filosofal (¿acaso no fue hornillo de atanor, que destilaba oro, su nombre?).

---

<sup>221</sup> *Chryseidos Libri IIII.*

## Hada maestra

De las estupendas cópulas del Cielo y de la Tierra nacieron,  
el primero,  
Océano, y Tetis la última. El mayor  
casó con la pequeña,  
y fue un matrimonio fecundísimo.  
Todos los varones que parió Tetis fueron ríos,  
y todas las nenas dan en mágicas  
ayas,  
y educan,  
en sus escuelas  
encantadas,  
a los héroes durante su minoría.  
Hesíodo sabe tres mil, pero nombra nada más a cuarenta y una,  
y entre ellas a Criseida.  
De esta Criseida sabemos solamente que tendría finos los  
tobillos, lo mismo que todas sus hermanas.<sup>222</sup>

---

<sup>222</sup> Hesíodo, *Teogonía*, 359.

## Tespíade

Heracles, hijo de la última aventura de Zeus con mujeres mortales,

decidió (sería su primera hazaña) matar al león de Citerón, que arruinaba las cabañas del rey Tespio. Durante cincuenta días acosó a la fiera, y a la noche era huésped muy regalado del rey, en su finca, en las faldas del monte Helicón (don Amor es su santo patrono).

Tespio, en su calidad de ganadero, conocía la importancia de cruzar bien a sus borricas. Tenía cincuenta hijas, y quiso emplear al héroe de asno garañón.

--Te mando a la mayor, verás que ella te alivia de los trabajos de la caza --le dijo, pero cada noche le enviaba una.

Heracles hacía y deshacía a palpas, y no cayó en la cuenta de sus montas. Después de cubrirlas a todas mató al león, lo desolló, y con su piel se hizo su famosa capa, y con sus fauces su yelmo famoso.

No,

no.

No fue así.

Heracles montó a las cincuenta hijas del rey Tespio la misma noche,

a todas menos a una,  
que no se dejó.

Turbado,  
puso a ésta de novicia en una iglesuela que levantó en la ciudad.  
Como no has querido hacer la parte de maría, bufó, te quito  
del siglo,  
serás la marta de mi capilla,  
mi meapilas.

Pues una de las cincuenta muchachas fue  
Criseida,  
y dio a Heracles,  
de ésa,  
un hijo al que llamó Onésipo.<sup>223</sup>

---

<sup>223</sup> Apolodoro, *Biblioteca*, II, 4, 10; II, 7, 8; Pausanias, *Descripción de Grecia*, IX, 27, 6 – 8; Higino, *Fábulas*, CLXII.

## la de Homero

Crises se llegó hasta el atracadero arreando una carreta mulera donde había vaciado todos los tesoros de su iglesuela.

Empuñaba un rico bastón,  
y traía ceñidas las ínfulas de Apolo que le daban doble privilegio de suplicante y de sacerdote.

--¡Ojalá pudierais entrar  
enseguida  
en Troya,  
romperla,  
y regresar luego,  
enteros  
y haberosos,  
a los terruños! ¡Mirad  
que vengo cargado de regalos y bienaventuranzas!  
Saqueasteis Tebas Hipoplaciana, la ciudad  
santa  
de Eetión, rey de los cilicios,  
y apartasteis para vuestro caudillo a mi hija Criseida.  
¿No me la devolveréis?

Agamenón, que tenía a Criseida en su tienda,  
echó al anciano a patadas,  
chulo,  
con amenazas.

--Y a tu niña no la suelto. Envejecerá en mi casa de Argos, entre  
extraños,  
haciéndome la cama  
y deshaciéndola,  
y girando la rueca.

Crises, por prudencia, calló,  
arreó  
y,  
en su capilla,  
se dirigió a su Señor:

--¡Si antes los bendecía, ahora  
los aojo!

Apolo, estos greñudos han asolado tu isla de Ténedos,  
y las villas marineras de Cila  
y Crisa,  
robando tus sagrarios.

Yo he sido siempre muy devoto tuyo. Arma  
ahora  
tu arco  
tremendo  
y dales castigo.

El dios ensayó primero con las acémilas  
y la perrada,  
y después,  
durante nueve días,  
disparó contra sus dueños.

--Caen flechas como del cielo, y aciertan  
todas —explicaba Calcas, que entendía en lo de antes,  
en lo de ahora, en lo de luego,  
y había sido su piloto--.

Se habrá querellado contra nosotros Crises.

Llévale a su hija o seguirá encogiendo tu armada.

Sin pedir rescate por ella.

Añadiendo cien toros y cien cabritos que sacrificaréis  
ceremoniosamente en Crisa: así

calmaréis a Apolo,  
convidando a su parroquia a un asado,  
apartando para el divo las primicias.

El generalísimo bufaba, se arrancaba las barbas.

--En todo aventajaba esta Criseida  
a Clitemnestra, mi esposa  
de ley —suspiró, y enumeró  
sus gracias--. Vale,  
quitádmela —añadió--, o se amala esta empresa.  
Pero así pierdo yo solo, y eso  
no lo consiento.

Entregadme a otra cautiva,  
de las más notables,  
la tuya, Aquiles,  
o la de Áyax,  
o la de Ulises. ¡No querréis a vuestro caudillo  
destemplado!

Aquiles protestó.

--El botín lo gané yo con mis mirmidones,  
corriendo la extramadura,  
y ya está repartido.

Se enfadaron los dos héroes.

--¡Tienes los ojos de perro! ¡Y de ciervo  
el corazón! —le decía Aquiles a Agamenón.  
--¡Rubia! —contestaba el rey  
de reyes.

--¡Pues Briseida  
por Criseida! ¡La tuya  
por la mía! —escogió Agamenón.

Ahí empezó la cólera de Aquiles, que tituló,  
primero,  
el poema de la *Ilíada*.

El campeón de los griegos se quedaría quieto en su tienda  
mientras los troyanos adelantaban,  
a mirar.

Ulises embarcó a Criseida y se la llevó a su padre.  
Contentaron a Apolo con una hecatombe  
doble,  
vino  
y un peán en el que coreaban los talentos del santo patrón de  
los músicos.<sup>224</sup>

---

<sup>224</sup> Homero, *Ilíada*, I, 1 – 497.

## Fabuladora

No. Aquiles ganó, sí, en la isla mesia de Esminto  
a Criseida,

pero se la dio a Agamenón por esposa (y no  
para barragana).

Cuando el general, apretado por las plagas  
y la hambruna

mágicas,

devolvió a la muchacha a su padre,  
estaba

ésta

encinta.

Agamenón no me ha tocado. He concebido,  
digo,

decía Criseida,

maravillosamente

de Apolo (pero papá,

su sacerdote,

supo que el niño que parió era mucho menos,  
el bastardo del rey de Argos).<sup>225</sup>

---

<sup>225</sup> Higino, *Fábulas*, CXX – CXXI.

# briseidas primeras

## Homérica

Sólo toleraría Agamenón devolver a Criseida a su padre,  
para desenfadjar a Apolo,  
si Aquiles rendía a Briseida, su cautiva  
más privada.<sup>226</sup>

El general envió a Taltibio y a Euríbates, sus heraldos,  
no,  
sus rufianes,  
que lo amenazasen,  
como no se la entregase, iría  
yo,  
con pelotón de guardias civiles.  
Aquiles pidió a Patroclo que se la rindiera  
él, yo  
no quiero. Briseida los siguió  
desganada. Aquiles  
lloraba, se quejó a su madre divina,  
le contó lo de Criseida,  
lo de Briseida,  
intercede,  
mamá,  
por mí delante de Zeus,  
que érase  
una vez  
le diste socorro. Iré,  
y por ahora arrima  
tú  
tus armas,  
quédate en tu tienda,  
a los pies de tu nave capitana,  
rosigando tu cólera,

---

<sup>226</sup> Homero, *Ilíada*, I, 181 – 187.

que será  
famosa.<sup>227</sup>

¿Cómo entretenía su bilis  
Aquiles?  
Gastaba a la lesbica Diomeda,  
y oía,  
encendido,  
el ruido de los amores de Patroclo, su amigo  
más próximo,  
con Ífide, la otra cautiva,  
en la litera de abajo.<sup>228</sup>

Néstor, el anciano, reñía a Agamenón,  
¿ves?,  
Aquiles no usa sus peligrosas armas,  
ni viene a la plaza,  
le has quitado a Briseida, deshonrándolo  
mucho,  
y no romperemos nunca,  
sin él,  
las puertas de Troya,  
debes  
ahora  
repararlo  
con esto  
y con lo otro.

Vale, por que salga a pelear  
otra vez  
el tozudo Rubio  
le regalaré siete trípodes nuevos,  
diez talentos de oro,  
veinte calderas de bronce,

---

<sup>227</sup> Homero, *Ilíada*, I, 318 – 430.

<sup>228</sup> Homero, *Ilíada*, IX, 663 – 668.

doce caballos  
muy corredores,  
siete labranderas lesbianas,  
las más garridas de su país,  
siete villas fuertes  
y marineras  
que dan uva, y bueyes, y corderos,  
y,  
si ganásemos Troya,  
tu nave mirmidona cargada de tesoros  
y sus veinte doncellas mejores (a Elena  
no).  
Te devolveré,  
claro,  
primero,  
a Briseida,  
y te aseguraré con mucha ceremonia,  
arrancando unas cerdas de un cochino montés  
y dándoselas luego a los vientos,  
degollándolo  
y abismándolo en el mar,  
que no la he conocido  
carnalmente.  
No hay juras, me parece,  
más fuertes.  
Encima de todo eso podrás tomar, como regrese yo  
entero  
a Argos,  
de mis tres hijas,  
Crisótemis, Laódice e Ifianasa,  
la que prefirieses,  
ricamente dotada.<sup>229</sup>

Fueron Ulises y Áyax  
el alto,  
con dos heraldos, Odio y Euríbates.

---

<sup>229</sup> Homero, *Ilíada*, IX, 91 – 161.

Aquiles

no quiso.

Considerad lo de Menelao,  
porque el príncipe Paris le robara  
a Elena

nos vemos en éstas. Y su hermano Agamenón,  
cuando perdió a Criseida, exigió que le entregase yo,  
para compensarlo,  
a Briseida.

¿Es que sólo los Atridas pueden amar a sus mujeres  
más o menos legítimas?

No,

también yo quería mucho a la mía, aunque la hubiera ganado  
con mi lanza. No. No se me da  
nada

su rescate, ni rebajaría,  
con ellos,  
mi ira.

Que goce Agamenón  
de Briseida.

Dentro de tres días me embarcaré para casa,  
y sabré hallar, en la Hélade,  
o en Ftía,  
una esposa  
mejor.<sup>230</sup>

Pero le han matado a Patroclo, y Aquiles acepta  
ahora,  
indiferente,  
el rescate.

Recibió  
a Briseida,  
fiado de la palabra  
religiosa  
de Agamenón,  
que le aseguraba que no la había tocado.

---

<sup>230</sup> Homero, *Ilíada*, IX, 103 – 429.

Briseida (parecía Venus,  
y de oro)  
dijo su duelo  
nuevo  
por Patroclo,  
abrazada a su cuerpo roto,  
perdí, en Lirneso, a mi padre,  
a mis tres hermanos,  
al marido,  
seguía tristísima la cuerda de prisioneras,  
te acercaste,  
dijiste,  
venga,  
mujer,  
¿qué lloras?  
Yo te arrimaré  
a Aquiles.  
Y cuando termine esto,  
en Ftía, entre los mirmidones,  
se casará contigo con mucha pompa y alegrías sonadas.<sup>231</sup>

--¡So!  
Cuando Príamo vino a recoger el cadáver estropeado de su  
mayor ya dormían (ya  
no dormían)  
juntos  
Aquiles  
y Briseida.  
El rey  
viejo  
de Troya  
veló aquella noche el cuerpo de Héctor en el zaguán de la tienda  
del capitán de los mirmidones,  
y espiaría el escándalo de su amor  
rabioso  
y algo triste.<sup>232</sup>

---

<sup>231</sup> Homero, *Ilíada*, XIX, 140 – 300.

<sup>232</sup> Homero, *Ilíada*, XXIV, 675 – 676.

## finales de Briseida

Homero se calla,  
o ignora,  
la suerte de Briseida después de morírsele Aquiles, su dueño  
y señor.

Quinto de Esmirna cuenta su duelo  
en los funerales de Aquiles, su marido,  
mi marido. Desde el centro del corro de lloronas  
Briseida se corta las trenzas  
y,  
pelona,  
contempla estremecida a Neoptólemo Pirro, el Rubio,  
que llevaba las armas de su padre,  
y lo repite  
exactamente.<sup>233</sup>

Cerca de la fuente casótida Pausanias visitó un quiosco en cuyas paredes Polignoto había pintado el final de Troya.

Allí se reunían los de Delfos  
a contarse.

En una de las viñetas aparecen Briseida, Diomeda e Ifís,  
las tres que alegraron el generoso gineceo de Aquiles. Miraban  
a Elena, celosas  
tal vez,  
o con odio.<sup>234</sup>

---

<sup>233</sup> Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, III, 552 – 581; 687; IV, 276; VII, 723.

<sup>234</sup> Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 25, 3.

## Epistolar

--Dice  
que no. Desaprecia oros y bronces,  
las siete ciudades,  
la cuadra  
y los coños más o menos principales que le apalabraba el  
general.

Que monte  
a Briseida,  
y la llene de baba, dice,  
y se encoge de hombros. Yo,  
dentro de tres días,  
me vuelvo a casa,  
y encontraré esposa de mi raza,  
y de mi calidad.  
Ovidio<sup>235</sup> fingió la carta que Briseida,  
enterada de aquella embajada,  
le escribió a Aquiles desde los cuarteles de Agamenón, su  
señorito  
nuevo.

I'm writing this letter in the clumsy Greek of a foreigner. I miss you, Achilles. Come, all bloody, with murderous eyes, and take me back. You stole me away once upon a time. Now won't you rape me again? Please? Or ask the general politely. He is willing to let me go. Anyhow he does not dare touch me. I would try to escape, but if the Trojans catch me I might end up sweating my ass off in Hecube's kitchens. Oh, shit, man, what's eating you? You just stay in your smelly tent around the clock playing some silly stringed instrument (a fucking guitar, for God's sake!) for that dubious male-friend of yours, Patroclus. Come on! You should be drumming it, tearing the Trojan walls down with your noise! Or setting fire to the Greek Navy, levelling their camp as you look for me...

You spoiled brat, your choler is too slow, your famous violence too indifferent.

---

<sup>235</sup> Ovidio, *Cartas de las heroínas*, III.

You see, I'd soothe your nighths, in your tent, so that you come out strong, good as new, in the morning, and gain, with your arms, a place in that poem Homer is dreaming up, or, if you'd rather go back to your hometown, and live the long boring life of common men, I'd sail away with you, and let you, and let you...

# Diomedes

## Dos

Novelado en el medievo,  
Diomedes hará  
al guapo.  
Está verde (no ha conocido mujer),  
pero resulta muy acertado galán,  
pues gana a Criseida enseguida,  
en el trecho que lleva desde la puerta de Troya a la tienda de su  
padre, en los cuarteles de los aqueos.  
Después, caballero, gastará un favor que le ha dado su dama,  
y Troilo, viéndolo, se sabrá  
cabrón  
y lo buscará en el campo. Toparán  
en alguna ocasión,  
empatando.

## Uno

Porque quiso, también  
él,  
a Elena<sup>236</sup>,  
Diomedes Tidida fue a Troya capitán de ochenta  
negras  
naves.<sup>237</sup>  
Allí pudo  
mucho,  
hechizado por Atenea, su virgin  
particular,  
tanto que tuvo *principalía* en la *Ilíada*,

---

<sup>236</sup> Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 8.

<sup>237</sup> Homero, *Ilíada*, II, 559 – 568.

habría terminado a Eneas si éste no tuviera otra epopeya a su nombre,

lastimó, por ejemplo, con su pica,  
la mano blanquísimas  
y húmeda  
de Afrodita,  
la que empleaba para masturarse durante sus celestiales siestas,  
y combatió al dios de la guerra, espantándolo.<sup>238</sup>

Tuvo un *regreso*  
cómodo,  
sin cuentos.<sup>239</sup>

O no.

Odiseo quiso faltar a sus fuertes juras,  
no ir a romper Troya, y empezar  
luego  
su novela,  
y, cuando vinieron a reclutarlo,  
hizo la parte del tarado.  
Pero Palamedes (era  
ingeniosísimo, inventó los dados<sup>240</sup>  
y once letras del alfabeto griego<sup>241</sup>)  
descubrió que era fingida la locura del Laertíada.<sup>242</sup>

Odiseo lo odió  
por eso  
y, con la ayuda de Diomedes, amañó su deshonra  
y su muerte.<sup>243</sup>

---

<sup>238</sup> Homero, *Ilíada*.

<sup>239</sup> Homero, *Odisea*, III, 180 – 182; Apolodoro, *Epítomes*, VI, 1.

<sup>240</sup> Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 31, 1.

<sup>241</sup> Higino, *Fábulas*, CCLXXVII.

<sup>242</sup> Apolodoro, *Epítomes*, III, 7; Higino, *Fábulas*, XCV; Licofrón, *Alejandra*, 818; Ovidio, *Metamorfosis*, XIII, 35 – 39.

<sup>243</sup> Dictys Cretensis, *Diario de la guerra de Troya*, II, 15; Apolodoro, *Epítomes*, III, 8; Higino, *Fábulas*, CV; Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 31, 2.

Nauplio, el padre de Palamedes, lo supo,  
y mareó la Grecia,  
visitando a las esposas de los helenos,  
tentándolas con sus vecinos más a osados,  
y arrimó a Clitemnestra con Egisto,  
a Meda con Leuco,  
a Egialea, la mujer de Diomedes,  
con Cometes.

A Penélope  
no pudo.<sup>244</sup>

Saqueada Ilión, Diomedes llegó a Argos.  
Lo enteraron entonces de las travesuras de su esposa  
y la repudió,  
puta.  
Se fue  
después,  
y una tempestad lo llevó hasta Italia,  
donde fue bien recibido por el rey Dauno,  
que le dio a su hija.  
Fue allí muy estimado, tanto  
que conmemoran su muerte todos los años con fiestas que él  
apellida.<sup>245</sup>

---

<sup>244</sup> Apolodoro, *Epítomes*, VI, 9 – 12; Antonino Liberal, *Metamorfosis*, XXXVII.

<sup>245</sup> Antonino Liberal, *Metamorfosis*, XXXVII.

## Tres

Dos, uno,  
tres. Tres. Si rebuscas  
en los antiguos  
a Troilo y a Criseida (a Briseida)  
cuesta explicar qué pudo arrimarlos en la carrera de los siglos,  
como no fuera la lindura del principito.

El caso de Diomedes es distinto. Está  
lo de Pándaro. Lo de Dares.

Las únicas apariciones de estos personajes que tendrán partes  
principales en la carrera de la *historia de Troilo y Crésida* en los poemas  
homéricos van ligadas a las hazañas de Diomedes.

Hay más: Diomedes brilla por gracia de Atenea, su santa  
de cabecera:  
así, resplandeciente, pudo enamorar a Criseida.

## y cuatro

Hay más aún: hay,  
sobre todo,  
me parece a mí,  
esto:  
lo odió Nauplio por lo de su hijo Palamedes:  
¿no inventaría Nauplio,  
tal vez,  
la *historia* de Troilo, Criseida y Diomedes?  
¡Le iría con ella  
a Eagilea,  
para meterle celos...! Luego  
los mares llevarían  
y traerían  
el cuento...

## Pándaro

### soldado

Homero pinta a Pándaro con formas,  
o maneras,  
divinales. Es  
el hijo de Licaón,  
y ha venido a socorrer a los troyanos desde su ciudad, Zelea,  
que se moja los pies en el río Esepo.

Para estorbar

paces

Atenea, transfigurada  
y travestida,  
bajo disfraz de soldado lancero,  
buscó detrás de las filas de escudos a Pándaro.

--¡Anda, vota

a Apolo

y usa tu arco contra Menelao!

Alejandro Paris te daría muy buen pago,  
y alcanzarías de paso la gloria.

Pándaro tenía arco

de cuento:

habían armado la vara con las astas de un cabrón montesino,  
y la cuerda con el nervio de un manso.

Te sacrificaría, Apolo,

cien corderos,

si acertaba,

dijo,

y disparó.

Pero la diosa de ojos de lechuza favorecía a los aqueos,  
y sólo había bajado para sembrar cizaña:

de una manotada desvió la flecha un poquitín: la punta  
rompió la hebilla de oro del cinturón de Menelao  
y atravesó su doble faja, haciendo  
sangre,

asustándolo, y enardeciendo  
a sus hombres.<sup>246</sup>

Más abajo Pándaro osó lastimarle el hombro con otra saeta a Diomedes. Fue  
en mala hora,  
en el canto quinto, el de la *principalía* del Tidida.  
Fue para peor: la herida le agrió la leche a Diomedes,  
y ahora mataba con saña.  
--¡Mira a Diomedes, Pándaro! --le decía Eneas--.  
Párale los pies con una de tus flechas encantadas,  
que nos diezma.  
--Ya le he dado, y mi arco, está visto,  
no me va a servir. Y carro  
no tengo.  
Por ahorrar lo dejé en casa,  
enfundado,  
con mis caballos. Engordan mis animales  
en mis establos.  
Así, si yo no regreso, mi mujer podría venderlos,  
no lo perdería todo.  
--¡Pues súbete a mi coche! --contestó Eneas--. Yo arreo, tú  
cruzas lanzas.  
Toparon los dos carros,  
y aún estropeó Pándaro la rodelia de Diomedes.  
Pero éste le metió la lanza a Pándaro por las narices,  
quebrándole el rostro como un espejo.  
A Eneas lo pudo sacar del ruido Afrodita, su hada  
madrina,  
escondido debajo de sus olorosas faldas.<sup>247</sup>

---

<sup>246</sup> Homero, *Ilíada*, IV, 73 ss.

<sup>247</sup> Homero, *Ilíada*, V, 95 – 126; 166 – 453.

### tercero

\*\*\*\*\*

Boccaccio, para *Il Filostrato*,  
engendra a un pándaro muy cambiado.  
Este Pándaro italiano no usa arco  
ni flechas  
ni lanza. Media  
con éxito  
entre Crésida, su prima,  
y Troilo. Pándaro  
parece,  
un poco,  
compañero de pupitre de Troilo,  
de los que han repetido curso y se las saben todas.  
He amado, decía, con poca suerte, y amo  
todavía,  
desgraciado. Sí,  
como tú,  
he querido  
secreto. No: ella  
no me sabe siquiera. De modo que dime  
y te diré.

Diomedes le llevó a Crésida a Calcas, el brujo, su padre,  
que adivinaba para los griegos.  
Troilo había citado a la niña, y ésta  
no acudía.  
Su primo Pándaro la disculpaba, no habrá podido por esto  
o por aquello.  
Entonces Troilo soñó que un jabalí revolcaba a Criseida con los  
remolones,  
y leyó que el puerco era Diomedes,  
que gastaba la bestia montesa en el escudo familiar.  
Pándaro le quitó importancia: eran, los sueños,  
aire.

Probarán, no obstante, traidora a Crésida,  
y Pándaro,  
sintiéndolo mucho,  
la maldice.

\*\*\*\*\*

El Pándaro de Chaucer no es primo de Crésida,  
sino su tío,  
entrado en años,  
y ejerce con más chispa que el de Boccaccio.  
El personaje refleja perfectamente la edad de sus autores:  
Boccaccio era un imberbe  
bobo  
cuando escribió *Il Filostrato*,  
mientras que el inglés había visto mucha agua correr.

\*\*\*\*\*

Con Shakespeare Pándaro  
se hará carne.

## Calcas por Crises

En esta *comedia*  
*de erratas*,

porque en lo de Homero Calcas declaró la cólera de Apolo<sup>248</sup>,  
que arrancaba de la afrenta sufrida por Crises,  
su sacerdote, el cual quería que le devolviesen a su hija,  
alguno, leyéndolo con demasiada prisa, los confundió,  
y quedó ya para siempre Criseida  
de hija de Calcas.

---

<sup>248</sup> Homero, *Ilíada*, I, 74 – 75.

# Según Dictys Cretensis y Dares el Frigio

## Prólogo

*“Decía uno que Homero fabricaba embustes,  
Que sus poemas eran fingidos,  
Que fue favorable a los griegos, y,  
Por todo ello, no tenía lo suyo sino por fábula.”*

(Geoffrey Chaucer, *La Casa de la Fama*)

Tuvieron habitación  
y oficina  
en aquella misma casa de famosos  
Dictys el Cretense y Dares el Frigio. Dictys  
despachaba al pie de las naves que sitiaban Ilión;  
Dares la defendía. Los dos  
la contaron. Los dos fueron  
parciales,  
pero, porque estuvieron allí,  
pareció a los poetas medievales que trataron la *Materia troyana*  
que su verdadera historia había que buscarla,  
repartida,  
en sus burdos textos.

## Dictys Cretensis, *Ephemeris Belli Trojani*

Dictys de Cnossos, secretario de Idomeneo, apuntó, en el alfabeto fenicio, y en tablas de madera de tilo,

el *Diario de la guerra de los troyanos*.

Los siglos, o un terremoto, removieron su sepultura, y unos pastores hallaron, dentro de ella,

la caja de latón que custodiaba el libro de palo. Su amo, Eupraxides, y Rutilio Rufo, el gobernador de la isla, se lo presentaron a Nerón.

El Emperador ordenó que lo volviesen en letras griegas, y Lucio Septimio lo trasladó al latín para Quinto Aradio Rufino.

Dictys el Cretense escribía para luego, todas las noches, en el campamento, las noticias más o menos interesadas que le traían los aqueos de la guerra.

Supo los raptos de Criseida y Briseida.

Aquiles atacó a los cilicios y tomó Lirneso.

Dio muerte a su rey, Eetión, y robó a su esposa Astínome, la hija de Crises.

Luego arrasó Pedasos, la capital de los léleges. Su rey, Brises, desesperado, se ahorcó de una viga del palacio que se derrumbaba (y a su hija, Hipodamía, se la llevaron prisionera).<sup>249</sup>

---

<sup>249</sup> Dictys Cretensis, *Diario de la guerra de Troya*, II, 17.

Dictys registra la fuga de los “bárbaros” en la primera batalla. Han traído cautivos a dos de los hijos de Príamo, a Licaón y a Troilo.

Hicimos corro a su alrededor,  
y Aquiles ordenó que los degollásemos. Lloraron  
mucho  
en Troya  
a Troilo,  
pues era párvulo, que hambreaba  
apenas) y su favorito, su niño  
mimado,  
por su modestia, y su honestad, sobre todo  
por su belleza.<sup>250</sup>

---

<sup>250</sup> Dictys de Creta, *Diario de la guerra de Troya*, IV, 9.

## Dares Phrygius, *De Excidio Trojae Historia*

El Dares que rima Homero es ricohombre  
y perfecto,  
y sacerdote de Hefesto, el artífice  
maravilloso.

Diomedes, peón, vuelca el carro de sus dos hijos,  
le mata uno con su pica (el segundo,  
disimulado por el Patizambo, alcanza a huir),  
les quita los caballos.<sup>251</sup>

Pues a este Dares Frigio harán autor de una *Historia de la caída de Troya*. La escribiría  
mientras cercaban su ciudad,  
y parece por eso a Cornelio Nepote,  
que encontró en Atenas su libro y lo pone en latines para su tío  
Salustio Crispo,  
más cierto (más  
de fiar) que Homero.

Dares hace el retrato (que los vio  
con sus ojos)  
de los personajes principales de este cuento.  
Éntrate conmigo  
en su galería. Mira. Mira  
a Troilo, magnífico,  
bonito, valiente (considera  
su edad),  
forzudo,  
apasionadamente virtuoso.<sup>252</sup>

Mira a Briseida, guapísima, de estatura  
no muy alta,  
blanca,  
la cabellera de oro rojizo y suavísima,

---

<sup>251</sup> Homero, *Ilíada*, V, 1 – 29.

<sup>252</sup> “*Troilum magnum, pulcherrimum, pro aetate valentem, fortem, cupidum virtutis.*”

ceijunta, los ojos  
graciosos, lo mismo que su cuerpo,  
dulce,  
afable,  
vergonzosa, simple  
(o sencilla),  
pía.<sup>253</sup>

Mira, el último, a Diomedes, también forzudo,  
cuadrado (cabal),  
bello de cuerpo y austero en el gesto, violento  
en la batalla,  
ruidoso,  
le bullen los sesos, impaciente,  
audaz.<sup>254</sup>

En ningún momento se mezclan sus naipes en esta *Historia*,  
solamente  
aquí,  
Diomedes elogia a Troilo, segundo  
Héctor,  
y recibirá una herida  
algo fea  
de él.<sup>255</sup>

Troilo es el hijo pequeño de Príamo y Hécuba.  
Tras la muerte de su hermano mayor, Héctor,  
Troilo será su guerrero más bruto.  
Marca con sus hierros a los dos Atridas,  
y a Diomedes,  
dos veces espanta a los mirmidones,  
hiere a Aquiles, su capitán,  
y sólo estorba su carnicería Áyax Telamónica.

---

<sup>253</sup> “*Briseidam formosam, non alta statura, candidam, capillo flavo et molli, superciliis junctis, oculis venustis, corpore aequali, blandam, affabilem, verecundam, animo simplici, piam.*”

<sup>254</sup> “*Diomedem fortem, quadratum, corpore honesto, vultu austero, in bello acerrimum, clamosum, cerebro calido, inpatientem, audacem.*”

<sup>255</sup> Dares de Frigia, *Historia de la caída de Troya*.

A la otra mañana otra vez se mete jineteando entre los mirmidones,

pero ahora le lancean el caballo,  
y cae debajo del animal. Ahora  
llega Aquiles,  
y le da una muerte ventajosa,  
cobarde. Buscará  
además

humillar su cadáver,  
pero su tío Memnón lo defiende y lo entra en la ciudad.  
Celebran por él juegos fúnebres.

Hécuba llora a Héctor  
y a Troilo,  
sus dos hijos  
preferidos,  
y urde la muerte de su asesino.

La reina lo cita en el santuario de Apolo Timbreo, le daría,  
le dice,  
a su hija Polixena por esposa, pero ven  
descalzo,  
que nadie puede entrar zapateando en el templo. Paris,  
escondido,  
le acierta el talón  
de cuento  
con una flecha.<sup>256</sup>

---

<sup>256</sup> Dares el Frigio, *De excidio Trojae historia*.

## Benito de San Mauro

El primero que armó el triángulo irregular  
que encerraba las pasiones de Troilo, Briseida y Diomedes  
fue,  
que se sepa,  
Benito de San Mauro,  
en su *Roman de Troie*,  
de 1160.

Homero  
no vale,  
dice. Fue, sí, un poeta estupendo,  
que supo mucho. Pero nació  
con retraso, cien años después de la ruina de Ilión,  
y mezcló a los dioses con los hombres.  
Servía mejor Dares, nacido y criado en la atrabajada villa.  
Dares vio que aquello iba a traer cola,  
y que muchos romanceros torcerían,  
por arreglar una rima,  
la verdadera historia del cerco de Troya,  
así que decidió anotar cada noche en un cuaderno las gestas  
diurnales.

Dice Benito que su novela traduce tozudamente al francés la versión latina que de la *Historia de la Destrucción de Troya* hizo Cornelio.  
Dice.

Benito de San Mauro pudo manejar el grueso libro de Cornelio  
que a nosotros nos ha llegado adelgazado,  
resumido.

En todo caso, fuera así  
o no,  
en el traslado al francés cambió el cuento,

que los héroes antiguos dan en caballeros muy noveleros,  
de la casta,  
más moderna, de Amadís  
o Lanzarote del Lago.

Viene el final de Ilión muy mudado en esta novela  
en verso  
de Benito.

Calcas, el agorero de la expedición griega,  
es aquí oriundo de Troya,  
un mago favorito de Apolo. En Delfos  
la pitonisa,  
de parte de su patrón,  
le advirtió,  
desafinada,  
que abandonase a Troya a su segura  
mala  
pata  
y pronosticase para sus enemigos. Y Calcas,  
por escrúpulos,  
obedeció.

Briseida ya no es,  
ni volverá a serlo nunca,  
en las relaciones de luego,  
la hija de Brises, sino de Calcas,  
el cura que trajo a su país.  
Preocupado por la niña de sus ojos Calcas rogó a Agamenón,  
su nuevo señor,  
que la sacara de la ciudad sitiada, que se la trajera.  
Fue su embajador delante de Príamo, el rey de Troya,  
Diomedes.

El viejo rey habló  
triste.

Porque Briseida es muy buena chica,  
y patriota,  
no mando que la suban al potro,  
y que la lleven luego, emplumada, a la hoguera.  
Porque odiamos a Calcas,  
y aborrecemos todo lo suyo, y ella arranca  
de él,  
se la entregamos.

Pero Briseida tenía novio,  
aquel Troilo.  
La víspera de su partida los amigos canjearon votos de amor  
perfecto,  
berrinches,  
baba.

Camino de la toldería de los aqueos Diomedes,  
su escolta,  
inició su cortejo, sería  
yo  
vuestro caballero  
privado  
y cariñosísimo.  
Briseida protestaba,  
qué iban a pensar,  
no parecía correcto,  
ni me fío mucho de usted.  
Pero cuando supo que él le había quitado,  
secreto,  
un guante, ella no se enfadó.

Calcas recibió a su hija muy aliviado,  
la acariciaba. Briseida,  
en cambio,  
le echó en rostro que hubiese desamparado sus banderas, eres  
ahora,  
papá,  
el profeta de quienes buscan que se termine Troya.

Maldigo tus ojos  
alucinados,  
y la voz misteriosa de Apolo,  
que ordena mi desgracia.

Troilo y Diomedes se encontraban a veces en el llano,  
a la sombra de las murallas de la ciudad rodeada,  
rompiendo lanzas, abollando  
escudos. Hacían, en esto de pelear,  
tablas.

Sin embargo, en el ajedrez del amor dio mate Diomedes. Ganó,  
de Briseida,  
una manga,  
y se adornaba con ella el yelmo.

Supo Troilo, entonces, viendo la prenda,  
que había perdido a la amiga.  
--¡Esquinera! –lloriqueaba.  
--Me puteará  
la fama –suspiraba  
Briseida--. Serán desde ahora todos los poetas  
mis chulos.  
Ya me dejemplan aquí, en el campamento,  
y en mi pueblo.  
Pero ha sido éste mi palo de la baraja,  
que quise a Troilo, y quiero  
ahora  
a Diomedes.

Troilo fue,  
después de su hermano Héctor,  
el troyano más valiente.  
Desmontó a Diomedes,  
y no lo acabó por amor de Briseida.  
En su último lance los mirmidones lo separaron de sus  
compañeros y se le echaron encima.

Lo apelaron del caballo y lo desarmaron. Y llamaron

a Aquiles. Aquiles le arrancó,  
primero,  
el yelmo,  
y después  
la cabeza,  
ató el cuerpo a su carro y lo arrastró,  
afeándolo.

Este Troilo fue precioso, y caballero  
perfecto.

Briseida tuvo todas las gracias,  
menos dos,  
que gastaba el entrecejo demasiado poblado  
y el corazón  
y el coño  
dudosos.

## Giovanni Boccaccio, *Il Filostrato*

Guido de Columna, juez siciliano  
jubilado,  
terminó, el año 1287, su *Historia Trojana*, en latín  
y en prosa.

Giovanni Boccaccio sacó de este Guido,  
y de Benito de San Mauro,  
el asunto de *Il Filostrato*.

“*Filostrato*” significa “postrado  
por el amor”.

Boccaccio echaba mucho de menos a María de Aquino,  
señora de sus sueños  
y de sus pensamientos más o menos viciosos,  
la *Fiammetta* que incendiaba suavemente su escritura desde que  
se le fuera a Sannio,  
dejándolo aburrido  
y apagado  
en Nápoles. El italiano buscó cómo desahogarse,  
y encontró calcado en Troilo su caso  
lamentable. Es que alivia  
algo  
contar lo de uno como de otro.

*Il Filostrato* es un librito rimado,  
compuesto en octavas reales  
y en su dialecto florentino  
por un Boccaccio que verdeaba, poeta aprendiz,  
un *teen*  
cursi  
chalado por Cupido.

¿Bri? ¿Cri? En Homero  
Briseida es la cautiva entoldada con Aquiles, y Criseida  
la prisionera que Agamenón tuvo que devolver a su padre,  
Crises,

el sacerdote poderosísimo,  
después de que éste aojase a los griegos.

Ya de antes habían hecho a Briseida hija de Calcas, y a Calcas,  
que fuera profeta de los griegos, adivino  
troyano, traidor de su gente.  
Desde Boccaccio puede más  
la “c”, y Criseida será  
para siempre  
la amiga  
furtiva  
de Troilo,  
mientras le duró la afición por el principito.

En la *Ilíada* Aquiles le mató el marido a Briseida,  
desocupándola,  
y la colmó luego de atenciones.  
Con Boccaccio la viuda  
ligera  
es Criseida.  
Troilo se enamoró de ella cuando la vio enlutada,  
separada de las demás dueñas,  
como apestada por su pérdida,  
en la procesión del Paladio.

Troilo languidece,  
flojea, pierde  
color, se va en suspiros. Aquí  
entra Pándaro. Pándaro  
es criatura de Boccaccio que recogerá Chaucer  
y llegará hasta Shakespeare.  
Si en español Celestina dio su nombre a las alcahuetas,  
el inglés llama,  
por este personaje, “*pandar*”  
al correveidile.

Pández procura a Criseida para Troilo sin malicia. Este Pández es,

por ahora,  
de la quinta de Troilo,  
y primo hermano de la chica,  
y no tiene nada del que cantó Homero.

Pández supo tercerear, y Criseida pronto se dejó querer y hacer.

Ayudado por su felicidad  
nueva  
Troilo lucía en la batalla,  
en la montería  
y en los bailes de sociedad. Criseida  
lo recibía con gran discreción  
y muchísima alegría.

Pero hubo tregua,  
y canje de prisioneros.

Calcas demandó a los griegos su soldada,  
que sus augurios les facilitaban muchas victorias parciales,  
les evitaba pestes,  
les levantaba buenos aires para sus veleros.

--En vuestros calabozos se pudre Antenor, el campeón  
troyano. Y ellos tienen todavía a mi hija Criseida. Liberad  
al bruto  
y que suelten a mi hija. Con eso  
me tendría por muy bien pagado.

Troilo se tiraba de los pelos, sufría  
desmayos,  
protestaba.

--Ella  
me va a olvidar.  
Se liará con algún otro caballerete.

--Paris raptó  
a Elena,  
y fue esto.

¿Por qué no huís los dos? —sugería Pándaro--.  
O le pides a tu padre que te case con ella.  
Troilo, tan melindroso,  
no hizo nada.

Sólo pudo arreglar una última cita nocturna que voló voceando celos y dándose adioses apresurados.

--Prométeme una cosa por lo menos,  
que me conforme un poco —dijo Troilo.

--Dime —dijo Criseida.

--Que dentro de diez días te hurtarás de tu cárcel  
suave  
y te reunirás conmigo aquí,  
en casa.

--Vale.

Troilo acompañó a Criseida hasta las puertas de Troya y allí se la pasó a Diomedes.

--Alegra esa carita,  
que vivías en una ciudad atrasada,  
pueblerina,  
y estarás, dentro de nada, entre refinados griegos. Y mírame  
despacio, que soy,  
y valgo, mucho.

Diomedes ganó a Criseida.  
Criseida dio plantón a Troilo.  
Esa noche soñó el chaval que un puerco montés la cogía con sus colmillos.

--¡Será  
Diomedes, el guapo!  
Bufa un jabalí en su escudo familiar,  
por lo que le sucedió a su padre, el rey Tideo, en la cacería de Quelidón.

Y ahora Diomedes empitona a mi nena a diario.

Troilo creyó  
y no  
en su pesadilla. Algo  
la detendría.

Algo la demoraba.  
Iría él al campamento de los griegos, de peregrino.  
No iría, que lo conocerían.

Pero su rival se adornaba el yelmo con la manga de Criseida,  
gastaba en su casaca el broche que le había regalado él la mañana  
de su partida, montaba  
el caballo que había perdido.

Ahora Troilo continuamente buscaba a Diomedes en el campo,  
y atropelló, furioso, a un millar de griegos. Pero dio con él  
antes  
Aquiles,  
y lo mató.

--¡Amad, ya lo veis,  
con tino —aconsejaba  
Boccaccio-- y con muchísimo cuidado!

## Geoffrey Chaucer, *Troilo y Criseida*

Geoffrey Chaucer quiso que nos corrigiésemos reparando en “el caso de Troilo”.

En su *Casa de la Fama* había citado a los seis poetas que “soportan” la *historia* del final de Troya,

y aquí prefirió acogerse a la autoridad de un tal Lolio del cual solamente sabemos,

por Horacio,  
en sus *Epístolas*,  
que se ocupó en aquella guerra.<sup>257</sup>

Chaucer trató el tema con la sonrisa traviesa  
y algo melancólica  
del palmero que ha gastado muchas suelas en sus  
peregrinaciones

y ha conocido a muchos troilos  
abobados,  
a muchas criseidas que tienen el amor rápido  
y corto.

Mejoró el cuento,  
pero sólo cambió una cosa que importe: su Pándaro  
no es primo de Criseida,  
y pollo,  
sino su tío, perro  
viejo.

---

<sup>257</sup> “*Troiani belli scriptorem, Maxime Lolli, / Dum tu declamas Romae, Praeneste relegi.*”

## continuación de Robert Henryson

En su edición de 1532 de la obra de Chaucer William Thynne metió,

a modo de apéndice,  
o continuación,  
el *Testamento de Criseida*, del escocés Robert Henryson.

Para acortar la noche húmeda,  
fría,  
languidísima,  
de aquel invierno de las tierras altas,  
Henryson se arrimó al hogar,  
se sirvió un güisqui,  
arrimó todos sus demás deportes  
y se puso a leer el poema que hizo Chaucer sobre “la hermosa  
Criseida  
y el vicioso Troilo”.  
Y todavía, cuando lo hubo terminado,  
para “romper el sueño”,  
cogió otro librito de su biblioteca.

“*¿Quién sabe si todo lo que Chaucer escribió sería verdad?*  
Tampoco sé yo si esta otra narración  
*está autorizada, o si fue fingida nuevamente*  
*por algún poeta, su invención...*”

Va.

Se hartó Diomedes  
de Criseida, la repudió  
y se buscó otra donde saciar su apetito, caprichoso y breve.

Criseida, desolada y disfrazada,  
apeada,  
fue a la casa de su padre, Calcas,  
que se levantaba a una milla o dos de la ciudad.

--¡Me ha gastado Diomedes y luego me ha aborrecido,  
ya no me quiere!

Este Calcas no es sacerdote de Apolo. Sirve a Venus  
y a su Hijo,  
el Gamberro.

Criseida entró en la capilla,  
cerró las puertas a sus espaldas,  
y en lugar de encender velas a la Puta  
y a Cupido,  
los aojó.

--¡Mirad cómo me veo! ¡Toda puesta  
y sin dos novios que tuve! ¡Y odiosa! ¡A esto  
me ha traído ser vuestra beata! --dijo, y entró  
en éxtasis,  
y se durmió.

Con eso ha enfadado a la Señora del Amor.  
Le manda a su Hijo en sueños, y el Niño,  
sonando una campana,  
convoca a los planetas. Bajaron  
con Venus  
a juzgar a Criseida  
Saturno, Júpiter, Marte, Febo, Mercurio y Cintia.  
Y la apestaron.

Criseida quedó calva,  
amarillenta,  
seca,  
fría,  
escamada,  
ronca,  
atacada de melancolía,  
pobreta.  
--Te rehuirá la gente,  
con asco.

--No podrás entrar en poblado, andarás siempre fuera de los reales.

--Limosnearás en silencio, para no pudrir el aire con tu aliento, publicando tu paso con unas sonoras tabletas.

Así Criseida, pordiosera y gafa, halló albergue en el lazareto, y pedía por los caminos.

A Troilo, mientras tanto, su forzada soledad lo volvía temible, insensato. Era el campeador de los troyanos, su príncipe valiente. Hoy se paseaba, fanfarrón, lejos de las murallas, cuando vio a la leprosa.

No conoció a Criseida, pero algo hizo que pensase en ella, conque echó un saquito de oros y dineros sobre sus faldas y arreó temblando, desmayado.

Ahí empezó a terminarse Criseida, entendiéndose ella tan falsa, y tan terco en su amor a Troilo, y escribió su testamento. En él devolvía a Troilo la sortija que le había regalado él en arras.

--El broche y el ceñidor no puedo, me tendrás que perdonar, se los di a Diomedes. Encomendaba su alma a Diana, pues deseaba pasar sus días fantasmales andando con ella las selvas y las fuentes, virginal,

y advertía,  
por último,  
a las mujeres,  
que hicieran memoria de su mal ejemplo.

Troilo pagó sus funerales  
y mandó que escribiesen sobre su lápida,  
en letras de oro,  
el mal acabar de su amiga.

## y Shakespeare los subió a su cielo teatral

\*\*\*\*\*

Entra Troilo llamando a su paje: se desarmará, no defenderá la ciudad. Troilo  
da en flojo, en manso, en mierdica, en torpe: era  
que otras guerras, venéreas, lo fatigaban,  
las que tocaban en Crésida.  
Pándaro, el tío de la muchacha, protestaba,  
“por mi parte, no me meteré,  
ni me emplearé más en este asunto”,  
¿no veis que, por mis “trabajos”,  
por mi “labor”, todo aquel ir y venir entre el uno  
y la otra (“between  
and between”),  
no recibía de los dos sino ceños  
y feos?  
“Pándaro”, “dulce Pándaro”, le rogaba  
Troilo. “Yo  
no”,  
le contesta él.

(I, 1 – 100)

\*\*\*\*\*

Pero Pándaro disimulaba: él cumple con gusto  
(¿algo libidinoso?)  
sus tercerías.  
Enseguida visitó a su sobrina.  
Comparó primero al príncipe Troilo  
con su hermano Héctor, vale más,  
le decía,  
y Helena lo prefiere, cambiaría por él a Paris,  
y aún pondría dinero para el trueque,

mira, regresan nuestros soldados del frente,  
ven, sube conmigo a las almenas,  
haremos otra revista  
famosa,  
pasaron Eneas, Héctor, Antenor, Paris, Heleno,  
y Pándaro glosaba sus talentos,  
y ése, ¿ves?, ése  
es Troilo, la espada  
chorrea sangre, trae el yelmo abollado,  
“¡no ha visto los veintitrés!”,  
“si yo tuviera por hermana  
una de las gracias,  
o la hija de alguna diosa”,  
a él se la daría. La tentó  
aún,  
y le traerá “una prenda” del chaval.  
Crésida lo trataba,  
algo grosera,  
de rufián,  
pero enseguida, sola  
en el escenario,  
confiesa su “amor firme”,  
que,  
si se resiste por ahora,  
es porque “las mujeres son ángeles mientras las cortejan”,  
y “las cosas ganadas están acabadas”.

(I, II, 36 ss.)

\*\*\*\*\*

Pándaro: *¿Habéis visto a mi sobrina?*

Troilo: *No, Pándaro. Rondo su puerta*

*Como un alma extraña en las orillas estigias,  
Esperando su pasaje. ¡Oh, sé tú mi Caronte,  
Y transpórtame deprisa a aquellos prados  
Donde pueda gozarme entre los lirios*

*Como está prometido a los buenos! ¡Oh, gentil Pándaro,  
Arráncale a Cupido de los hombros sus alas pintadas*

Y llévame volando hasta Crésida!  
Pándaro: Entrad aquí en el huerto. Os la traeré enseguida.

(III, II, 6 – 15)

Troilo, cobarde, se marea (III, II, 16 – 27).

Pándaro: Se está arreglando; ya viene. Ahora tenéis que ser listo. La veréis ruborizarse, y os parecerá que le falta el aliento, como si algún fantasma la espantase. Os la traeré. ¡Es la bruja más linda! Tiene el corazón alborotado, como el de una golondrina recién cogida.

(III, II, 28 - 32)

Entra ahora Pándaro con Crésida, “velada”.

Pándaro: Venga, venga, ¿qué necesidad tienes de sonrojarte? La vergüenza es cosa de críos. [a Troilo] Aquí la tenéis. Repetidle aquellos juramentos que me hacíais a mí. [Crésida se aparta] ¡Qué! ¿Otra vez te irás? Habrá que hacer contigo como con el azor, y quitarte el sueño antes de domarte, ¿no? Ven, ven, que si te intentas escapar te ataremos a la carreta.

(III, II, 38 - 43)

Pándaro pudo arrimártolos, salió por discreción y volvió al rato, curioso.

Pándaro: ¿Qué? ¿Os ruborizáis aún? ¿Todavía no habéis dado fin a vuestra conversación?

Crésida: Bueno, tío, si cometiese ahora alguna locura, te la dedico a ti.  
Pándaro: Y yo te doy las gracias por ello. Si mi señor te hace un chico, me lo darás. Y sé verdadera con mi señor, que, como él vacilase, podréis reñirme.

(III, II, 96 – 102)

(Éste  
¿no es el ogro de los cuentos,  
que arranca a la princesa la palabra de entregarle a su hijo  
primero?)

Coqueteaban.

Troilo: *Pero, ¡ay!,  
Soy yo tan verdadero como la simpleza,  
Y más simple que la verdad en su infancia.*

Crésida: *Esos títulos os los disputaré yo.*

Troilo: *¡Oh, qué guerra tan virtuosa,  
Cuando dos derechos discuten sobre cuál es más derecho!  
Los mozos verdaderos probarán su verdad,  
En los mundos por venir, midiéndola con la de Troilo. Cuando a sus rimas,  
Llenas de protestas, de juramentos y de grandes comparaciones,  
Les falten símiles, y cansen a la lealtad con tanta reiteración, diciendo,  
“Soy tan de fiar como el acero, y puedes depender de mí  
Con la misma puntualidad con que las plantas crecen o menguan con la  
luna,*

*Como el sol sigue al día, la tórtola a su pareja,  
El hierro a la piedra imán, la tierra a su centro...”;*

Entonces, después de todas estas comparaciones,  
Me citarán como autoridad en lo que toca a la constancia,  
Y coronarán su poema, santificando el número de sus versos,  
Con estas palabras, “soy, en fin, tan verdadero como Troilo.”

Crésida: *¡Ojalá seáis profeta!*

*¡Si yo soy falsa, o me aparto un pelo de la verdad que os debo,  
Cuando el tiempo envejezca y no se acuerde de sí mismo,  
Cuando las lluvias hayan ablandado las piedras de Troya,  
Y el ciego olvido se haya tragado las ciudades,  
Y el viento desgaste los estados más poderosos,  
Borrándolos y devolviéndolos al polvo, entonces,  
Que todas las doncellas que son falsas en el amor  
Hagan memoria, y me reprochen mi falsedad!*

*Después de que hayan dicho, “Tan falsa  
Como el aire, como el agua, el viento o la arena,  
Como la zorra con el cordero, como la loba con el ternero,*

*Como el oso pardo con el corzo, como la madrastra con su hijo”,  
Que digan aún, para confirmar su falsoedad,  
‘Tan falsa como Crésida’.*

Pándaro: *Vale, trato hecho. Selladlo, selladlo, que yo seré testigo. Aquí pongo vuestra mano sobre la de mi sobrina. Si alguna vez uno de los dos engaña al otro, puesto que me he tomado tantas molestias por juntaros, que todos los lamentables correveidiles lleven mi nombre hasta el fin del mundo: llamadlos “pándaros”. ¡Que digan “troilo” a todo hombre constante, “crésidas” a las falsas, y “pándaros” a los zurcidores de amores! Decid “Amén”.*

Troilo: *Amén.*

Crésida: *Amén.*

Pándaro: *Amén. Y ahora os mostraré un cuarto con cama, y para que la cama no divulgue vuestros bonitos encuentros apretadla hasta darle muerte. ¡Hale!*

*[Salen Troilo y Crésida.]*

*¡Y que Cupido otorgue a toda doncella demasiado tímida  
Cama, cuarto y pándaro como éstos, y el mismo aparato!*

*[Sale.]*

(III, II, 163 ss.)

Shakespeare documenta con esto el uso de la voz “pándaro” para pintar a quien procura amores para otro. Es Pándaro, pues, nuestra Celestina. No pasarán, en cambio, a nombres comunes, Troilo y Crésida, y ni siquiera perdurará su fama en expresiones como “más leal (más tonto) que Troilo” o “más falsa (más puta) que Crésida”.

\*\*\*\*\*

Calcas: *Ahora, príncipes, por el servicio que os he prestado,  
La ventaja de la ocasión me empuja a pedir en voz alta  
Mi recompensa. Recordad  
Que, porque entiendo las cosas que tienen que suceder  
Abandoné Troya, dejé mis posesiones,  
Incurré en el nombre de traidor, y me expuse,  
Renunciando a conveniencias ciertas,  
A dudosas fortunas, apartándome forzosamente de todo  
Cuanto los años, la amistad, la costumbre y mi condición*

*Habían domado, volviéndolo familiar.  
Así aquí, por favoreceros, me veo  
Nuevo en el mundo, extraño, desconocido.  
Ahora os pido, como a hombres honrados,  
Que me paguéis una parte de los muchos beneficios  
Que registrasteis en vuestras promesas,  
Y que, según decís, me corresponden.*

Agamenón: *¿Qué quieres de nosotros, troyano? Haz tu demanda.*

Calcas: *Tenéis vosotros un prisionero troyano, llamado Antenor,  
Capturado ayer, muy caro para Troya.  
A menudo, y es algo que me tiene muy obligado,  
Habéis deseado que viniese mi Crésida, ofreciendo por ella grandes  
riquezas,*

*Y Troya os la ha negado siempre. Pero este Antenor  
Es la llave que afina los instrumentos de su Estado,  
Y sin él desentonan, por lo cual estarían dispuestos  
A darnos a un infante, a un hijo de Priamo,  
A cambio de él: enviadlo allí entonces, grandes príncipes,  
Y con él compraremos a mi hija: con su mera presencia  
Me daré por bien pagado,  
Tolerando mejor mis otros pesares.*

Agamenón: *Que Diomedes conduzca a Antenor,*

*Y nos traiga luego a Crésida: Calcas tendrá  
Lo que solicita de nosotros.*

(III, III, 1 – 32)

\*\*\*\*\*

Entran Troilo y Crésida.

Troilo: *Cariño, no tengas prisa, que viene fría la mañana.*

Crésida: *Entonces, mi dulce señor, llamaré a mi tío.*

*Él desatrancará las puertas.*

Troilo: *No lo molestes.*

*¡A la cama, a la cama! ¡Que el sueño cubra esos ojitos tan monos  
Y proteja con un manto blando tus sentidos,  
Dejándote como a un niño, vacía de pensamientos!*

Crésida: *Buenos días, entonces.*

Troilo: *Te lo ruego, a la cama.*  
Crésida: *¿Te has cansado de mí?*  
Troilo: *¡Oh, Crésida! Si el atareado día,  
Alarmado por la alondra, no hubiese despertado a los escandalosos cuervos,  
Y la noche pudiera ocultar aún nuestros gozos,  
No me iría de tu lado.*  
Crésida: *La noche ha sido demasiado breve.*  
Troilo: *¡Condenada bruja! Acompaña a los duendes venenosos  
Con el tedio del infierno; en cambio, escapa a las garras del amor  
Con alas más rápidas que el pensamiento.  
Cogerás frío, y me echarás la culpa.*  
Crésida: *Por favor, quédate. Vosotros, los hombres, os vais enseguida.  
¡Ay, qué boba has sido, Crésida, podrías no haber dado tu brazo a torcer,  
Entonces él se quedaría! ¿Oís? Hay alguien levantado.*  
Pándaro [fuera]: *¿Qué hacen abiertas todas las puertas?*  
Troilo: *Es tu tío.*

Entra Pándaro.

Crésida: *¡Así le dé un mal aire! Ahora se burlará.  
¡Será mi moscardón!*  
Pándaro: *¡Huy, huy, huy! ¿Qué ha sido de vuestras flores?  
¿Quedan doncellas? ¿Dónde está mi sobrina, Crésida?*  
Crésida: *¡Que te ahorquen, tío! ¡Pareces travieso, burlándote así!  
Tú me has empujado a hacer...y ahora te metes conmigo.*  
Pándaro: *¡A hacer qué? ¡A hacer qué? Deja que lo diga...  
¿Qué te he empujado a hacer?*  
Crésida: *Venga, venga, ten corazón. No conoces la bondad,  
Ni la toleras en los demás.*  
Pándaro: *¡Ja, ja! ¡Ay, pobre chica! ¡Ah! Y el cabezón de este pobre bobo,  
Troilo, ¿no ha pegado ojo esta noche? Supongo que no lo habrá dejado  
(¡gamberro!) dormir... ¡Que el hombre del saco se te lleve!*

Crésida: [a Troilo] : *¿No te lo decía yo? ¡Así le dieran de palos!*

Llaman a la puerta.

*¿Quién llama a la puerta? Vé a ver, tío, sé bueno...*

*Mi señor, entraos conmigo de nuevo en mi cuarto.*

*¿Os sonreís? No hablaba de eso...*

Troilo: *¡Ja, ja!*

Crésida: *Basta, basta, os engañáis. No estaba pensando en eso.*

*¡Qué ruido están haciendo! Os lo ruego, entrad.*

*No quisiera que os viesen aquí, aunque me ofreciesen la mitad de Troya.*

(IV, II, 1 – 42)

\*\*\*\*\*

Llegó la embajada. Crésida protestaba.

--¡Que no voy!

--¡Que sí!

Crésida, rabiosa, renegaba de su casa:

--*No, tío: he olvidado a mi padre;*

*No reconozco ni pizca de consanguineidad,*

*Y no hay pariente, amor, sangre, o alma tan cercanos a mí*

*Como el dulce Troilo. ¡Oh, vosotros, divinales dioses,*

*Haced del nombre de Crésida la corona de la falsedad*

*Si alguna vez abandona a Troilo!*

(IV, II, 103 ss)

\*\*\*\*\*

De nada le valió la pataleta. “Mi señor, seréis verdadero?”

“¿Quién, yo? Ay, es mi vicio, mi falta.” (IV, IV, 100 – 101) Dio a Troilo, en prenda de su amor seguro, su guante, y recibió de él una manga. Luego se subió al carro de aquel griego, aquel guapo, Diomedes, que la piropeaba y amenazaba: “Cuando esté lejos de aquí, / responderé a mi gana.” (IV, IV, 130 – 131) (IV, IV)

\*\*\*\*\*

En el campamento de los aqueos los capitanes se turnaron para sobar a Crésida respetuosamente, todos menos Ulises, que la olió mejor:

--¡Puta!

(IV, V, 14 –64)

\*\*\*\*\*

Aprovechando una tregua Troilo vino al campamento griego, y trabó amistad con Ulises.

*--Mi señor Ulises, decidme, os lo ruego,  
¿En qué parte del campamento puedo encontrar a Calcas?  
--En la tienda de Menelao, principesco Troilo:  
Allí, esta noche, festejará a Diomedes,  
Que ya no mira al cielo ni a la tierra,  
Pues tiene los ojos puestos amorosamente  
En la hermosa Crésida.*

(IV, V, 276 - 283)

\*\*\*\*\*

Tersites es un jorobado socarrón con muy mala leche, un gracioso consentido que pone a Aquiles, quieto en su toldo, de altanero y marica, y a Áyax de idiota, y a Melenao de cabrón. Aquí hace al corifeo, y retrata a Diomedes:

*--Ese mismo Diomedes es un villano de corazón falso... (...) Gasta con facilidad (...) su palabra, pero cuando la cumple, los astrónomos la predicen: es cosa prodigiosa, que traerá alguna mudanza. (...) Dicen que tiene mantenida a una ramera troyana, y que usa para sus placeres la tienda de Calcas, el traidor. Los seguiré. ¡Bestias ríos! ¡Son todos unos bellacos incontinentes!*

(V, I, 86 ss.)

\*\*\*\*\*

La escena segunda del último acto tiene lugar a la puerta de la tienda de Calcas. Viene Diomedes dando voces, y Calcas le contesta desde dentro:

--¡Eh! ¿Estáis ahí? ¿Hola? ¡Hablad!  
--¿Quién llama?  
--Diomedes. Sois Calcas, ¿verdad? ¿Dónde está vuestra hija?  
--Ahora sale a veros.

La cita la propicia, o al menos la tolera, el padre de Crésida. Parece secreta, pero la espían, y la glosan, escondidos, Tersites, solo, desviado, y Ulises y Troilo, pobre.

Troilo [a Ulises, aparte]: *Crésida ha salido a recibirlo.*

Diomedes [a Crésida]: *¿Qué tiene ahora mi protegida?*

Crésida: *Oidme una cosa, mi dulce guardián.* [Le susurra algo al oído.]

Troilo [aparte]: *¡Huy! ¿Tan familiar?*

Ulises [a Troilo, aparte]: *Ésta le cantaría al primero que le salga.*

Tersites [aparte]: *Y cualquier hombre puede tararear su copla, si acierta con su clave. La tienen notada.*

Diomedes: *¿Os acordaréis?*

Crésida: *¿Acordarme? Sí.*

Diomedes: *No, pero hacedlo, entonces,*

*Y ayuntad vuestros pensamientos a vuestras palabras.*

Troilo [aparte]: *¿Y de qué tiene que acordarse?*

Ulises [a Troilo, aparte]: *¡Escuchad!*

Crésida: *Mi dulce y meloso griego, no sigáis tentándome, que sería folía.*

Tersites [aparte]: *¡Fullería!*

Diomedes: *No, entonces...*

Crésida: *Os diré qué...*

Diomedes: *¡Bah, bah, no me salgáis con éas! Me lo habeís prometido.*

Crésida: *No puedo. ¿Qué queréis que haga?*

Tersites [aparte]: *Un juego malabar: abrirle tu secreto.*

(...)

Ulises intenta quitar de allí a Troilo, pero éste mirará aún.

Tersites [aparte]: *¿Veis cómo el demonio, cachondo, con su gordo trasero y su boniato, arrima a estos dos? ¡Así te frías en el infierno, doña Lujuria!*

Diomedes: *Entonces, ¿lo haréis?*

Crésida: *¡Que sí, os digo, que sí!...*

Ahí le dio Crésida a Diomedes, su nuevo amigo, la manga de Troilo, su novio de antes.

Troilo: *¿Era Crésida ésta? (...) ¿Ésta era ella? No, ésta es la Crésida de Diomedes. (...) Ésta es y no es Crésida.*

Troilo conoce mejor a Crésida, sabe que “las conchas, la cizalla, las esquirlas y las reliquias grasiertas / de su carcomida fe van atadas, ahora, a Diomedes”, y la quiso aún, con un amor “fijo”, seguro. Andaría ya, en adelante, claro, distraído, y buscaría, eso sí, en la batalla, la manga con que se iba a adornar el yelmo Diomedes.

(V, II)

\*\*\*\*\*

Pándaro: *¿Oís, mi señor, oís?*

Troilo: *¿Qué ocurre ahora?*

Pándaro: *Os traigo una carta de la pobre chica.*

Troilo: *Deja que la lea. [Troilo lee.]*

Pándaro: *¡Esta tos de tísico hija de puta! Tanto me fastidian esta hija de puta, esta tos de tísico, y la desbaratada fortuna de esta chica, que entre unas cosas y otras os dejaré uno de estos días. Padezco además de legañas, y de reuma en los huesos. Es como si me hubiesen echado alguna maldición. ¿Qué dice la carta?*

Troilo: *Palabras, palabras, meras palabras. Ninguna materia sacada del corazón.*

[Rompe la carta en pedazos y la arroja al suelo.]

*¡Vé, viento, al viento! Gira y muda con él.*

*Ella alimenta aún mi amor con palabras y errores,  
Pero edifica a otro con sus hechos.*

(V, III, 97 ss.)

\*\*\*\*\*

Topaban a menudo Troilo y Diomedes en el campo, y cambiaban golpes y fuertes palabras. Luego Troilo, rabioso, casca la tregua que había, y pelean con saña otra vez griegos y troyanos. Cae Héctor, el mayor de Príamo, y Troilo amenaza a todos los aqueos en general, y muy en particular al ladrón de su chica:

*--¡Os acabaré, os acabaré a todos! Y tú, grandísimo cobarde,  
No hay espacio de tierra que pueda separar nuestros dos odios:  
Te acosaré aún, como una mala conciencia, testaruda,  
Que modela monstruos con tanta rapidez como engendra pensamientos el  
frenesí...*

(V, XI, 26 - 29)

Interrumpió su larga jeremíada Pándaro.

Pándaro: *¿Os oís, os oís?*

Troilo: *¡Quita, corredor de amores, lacayo hideperra! ¡Que la ignominia y la  
vergüenza  
Te sigan en vida, y vivan para siempre cosidas a tu nombre!*

[Salen todos menos Pándaro.]

Pándaro: *¡Buena medicina para mis doloridos huesos! ¡Ah, mundo, mundo,  
mundo! Cómo se desprecia al pobre agente. ¡Ay de vosotros, traidores y  
alcahuetes, primero os aprietan para que trabajéis, y luego os lo pagan así!  
(...) ¿Con qué versos decirlo? ¿Qué ejemplo poner? Dejadme ver:  
(...)*

*Hermanos y hermanas que sujetáis, como yo, la puerta del comercio carnal,  
Dentro de unos dos meses os leeré mi testamento.*

*Me toca ahora, pero temo*

*Que algún ganso de Winchester, picado por el morbo gálico, me pite.*

*Entre tanto sudaré el mal y buscaré algún alivio,  
Y después, puntualmente, os legaré mis rupias.*

(V, XI, 32 ss.)

\*\*\*\*\*

La “*historia*” deja así a Troilo, echando espuma por la boca. Y Crésida entretiene todavía en la tienda de su padre.



## Zagreo

quiero ser aquí del colegio (del corro)  
secreto  
de san Orfeo,  
y decir la misa turbia de Zagreo, mi señorito  
al otro lado de las cosas

Zeus se cambió en una víbora cornuda y rodeó a su hija  
Perséfone,  
y engendró en ella un niño, este Zagreo  
que digo

para esconderlo de los celos de su esposa  
lo dio a criar a los Curetes,  
en una cueva del Ida

enteraron a Hera, y dejó en la puerta de la cueva un sonajero,  
un espejo,  
una taba,  
y el pequeño salió, curioso, a jugar con ellos; los Titanes,  
entonces,  
se arrojaron sobre él,  
y aunque el hijode diós se defendió mudándose en Viejo,  
en Púber,  
en Loco,  
en león,  
en caballo,  
en bicha,  
en tigre,  
en toro,  
le dieron muerte,  
y lo despedazaron,  
y lo devoraron, todo  
menos el corazón,  
que Atenea interrumpió el horroroso banquete  
y lo rescató

Zeus recibió el corazón de su hijo, y pidió a Sémele,  
su manceba,  
que se lo comiese

al cabo de nueve meses Sémele dio a las tinieblas  
a Zagreo,  
que nació,  
así,  
segunda vez,  
y pasea el Hades cogido de las faldas de su madre  
primera

el principito recibe allí tu sombra con juguetes que te distraen  
algo,  
los que reunía Géiper,  
el scalextric,  
un cinexín

## índice

una de romanos y docena larga de griegos

una de romanos...3

- mensualidades...3
- ¿Jano o nao?...5
- beato de estos dos diosecillos “oscuros”, “desconocidos”...7
- Los tres matrimonios de Eneas...9
- noticias sobre Rea (Ilía) Silvia...39
- dos consideraciones sobre Numa Pompilio, segundo rey de romanos...45

y docena y media de griegos...51

- Museo...51
- acerca de los aedos...61
- batiburrillo del prólogo...73
- hijos de un Cielo capón...75
- amores de Ares y Afrodita...77
- Bodas de Cadmo y Harmonía...79
- Palas Atenea (I)...81
- Palas Atenea (II)...83
- del Paladio...85
- Ganímedes, camarero demasiado familiar de Zeus...87
- nombres que dan a todo esto los dioses y los hombres, según...89
- abolorio de los Centauros...91
- bodas de Pirítoo e Hipodamía...93
- eran mejores antes...95
- dueñas a las que saludó Ulises en el infierno...97
  - prólogo...97
  - Tiro...100

- Antíope...102
- Alcímena...104
- Mégara...105
- Epicasta...106
- Cloris...107
- Leda...108
- Ifimedia...109
- “Fedra y Procris vinieron después, y la bella Ariadna...”...110
- “Luego a Mera y a Clímena vi, y a la torva Erifila...”...111
- “Imposible de todas contar...”...112
- troilos, crésidas, etc....113
- Zagreo...193

